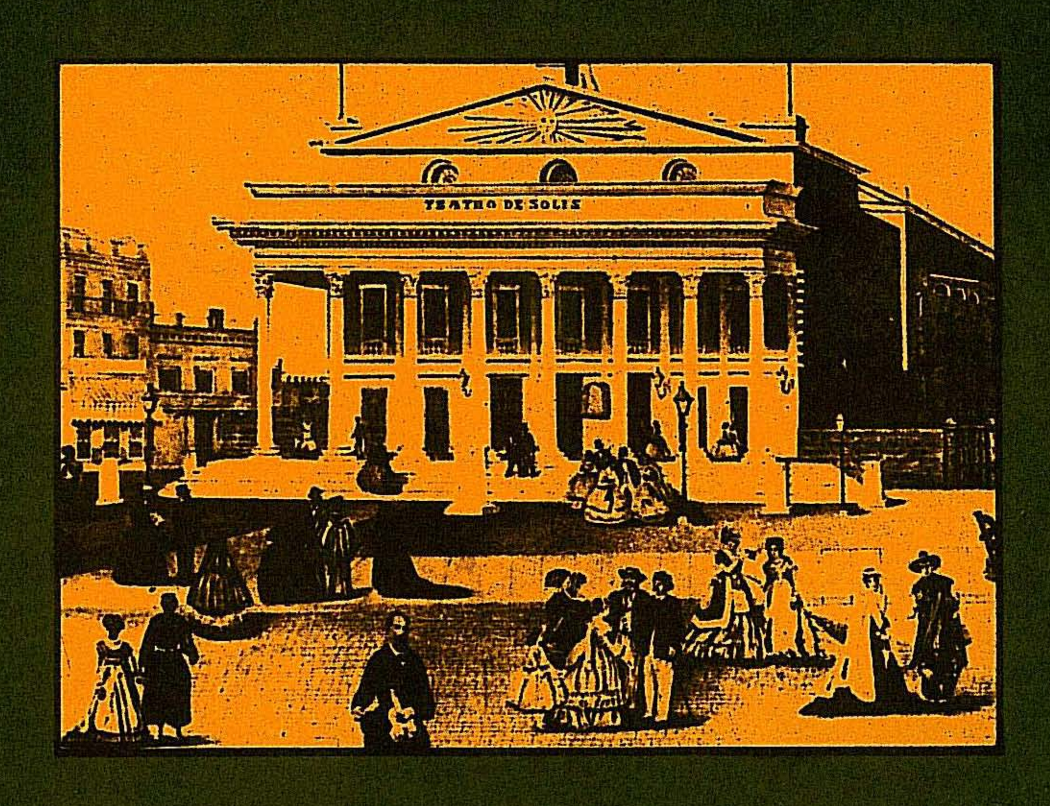
4 montevideo

LOS BARRIOS I

aníbal barrios pintos



montevideo
LOS BARRIOS I

aníbal barrios pintos

DEL CAMPO ABIERTO AL GRAN MONTEVIDEO

RELIEVE - HIDROGRAFIA - ESTRUCTURA GEOLOGICA

Dos siglos después de haber sido descubierto el Río de la Plata, el paraje donde surgió la metrópoli uruguaya seguía siendo campo virgen, baldío.

Como se ha llegado casi a olvidar el aspecto que presentaba la región en aquellos tiempos, en relación con su orografía y sus corrientes hidrográficas, conviene exponer brevemente los principales elementos constitutivos de aquel paisaje natural, a los que individualizaremos con los nombres que adoptaron posteriormente.

Con excepción de los bañados de Carrasco y Melilla, toda su área tenía una fisonomía ondulada, común a la penillanura rioplatense.

La Cuchilla Grande se prolonga desde el Brasil en nuestro territorio en dirección sur y oeste, desprendiendo un ramal que al penetrar en el actual departamento de Montevideo formaba las vertientes de los arroyos Las Piedras y Toledo. Allí se dividía en dos ramales principales.

Uno de ellos, la Cuchilla de Pereira, moría en la punta del Espinillo, en el paraje denominado Rincón del Cerro. Un desprendimiento de ella, la cuchilla del Miguelete, formaba las vertientes de los arroyos Miguelete y de Cuello o Pantanoso. A su vez la cuchilla Juan Fernández, nombre del propietario de un antiguo comercio situado en la mitad del siglo XIX sobre esta elevación, se separaba de la del Miguelete a la altura del arroyo Mataperros, pequeño afluente del Miguelete, sobre el Paso del Molino y Sayago. Otra derivación de la cuchilla de Pereira, en las nacientes del Pantanoso, iba a terminar en el Cerro de Montevideo.

El otro ramal, denominado Cuchilla Grande de Montevideo, seguía en su cumbre por la cuchilla del Cardal (hoy avenida 8 de Octubre), se prolongaba por la actual avenida 18 de Julio e iba a terminar en la Ciudad Vieja, en la punta San José. De esa cuchilla se desprendían varios ramales secundarios, entre ellos la Cuchilla de Legrís —nombre de un antiguo saladerista del lugar—, que nacía en las alturas de Piedras Blancas y terminaba al norte del Cerrito en las proximidades del Miguelete, cerca del paso de Casavalle; la de Joanicó, que finalizaba en las cercanías del Paso de las Duranas, hoy cruzado por el puente de la Avda. Millán, y otra que desde las elevaciones de Maroñas se dirigía al norte y moría en el Cerrito de la Victoria.

En su penetrante estudio sociológico de Montevideo, Dionisio Jorge Garmendia escribe con acierto que las cuchillas y sistemas de altura que terminan en Montevideo favorecían inicialmente el tránsito hacia el interior e incluso la extensión de la ciudad a través de ese sistema orográfico y de circulación.

Las alturas más destacadas eran el Cerro de Montevideo, con 136 metros sobre el nivel del mar, el Cerrito de la Victoria, llamado Montevideo Chiquito por Millán en 1728 cuando señaló el ejido y propios de la ciudad, que llega a casi 72 metros de altura, y el Cerrito de Melones, en las inmediaciones de los bañados de Carrasco.

En cuanto a las principales corrientes de agua, eran, y son, el Río de la Plata y el Santa Lucía, que limitan el departamento por su parte sur y oeste. Muchos de los arroyos y cañadas interiores ya han sido entubados y cubiertos por el sistema urbano.

El arroyo Miguelete volcaba sus aguas en la bahía, luego de un curso estimado en 20 a 26 km. Sus principales tributarios eran, por la margen izquierda, los arroyos Mendoza, Casavalle, del Cerrito y Morales (Quitacalzones) y por la derecha Peñarol y Mataperros.

El arroyo de Cuello o Pantanoso, luego de unos 18 km. de recorrido vertía también sus aguas en la bahía. Sus principales afluentes eran, por la izquierda, el arroyo de Jesús María, y por la derecha, la cañada del Paso de la Arena.

Integran hoy los límites departamentales los arroyos Colorado, de las Piedras, de Toledo y de Carrasco. Los denominados Melilla y San Gregorio tenían cursos de menor significación. Volcaban sus aguas al este de la barra del río Santa Lucía. Un arroyo interno, el del Cerrito, se conocía también con el nombre del cerro homónimo, Montevideo Chiquito. Y en el bañado de Carrasco desaguaban los arroyos Toledo, Manga, de la Chacarita y la cañada de las Canteras.

Otros pequeños cursos de agua desembocaban en el Río de la Plata: arroyo Pajas Blancas y la cañada de Rocha, en las costas del Rincón del Cerro; arroyo Seco, que hoy entubado desagua en la bahía a la altura de la calle Entre Ríos; de las Canarias (Miguelete Chico) que seguía aproximadamente al final de su curso la línea de la actual calle La Paz; Arroyos de la Estanzuela y de los Chanchos, que vertían su caudal en la playa Ramírez y en las cercanías del Buceo, respectivamente; arroyos Pocitos y Malvín.

En cuanto a las condiciones geológicas, caracteriza al departamento de Montevideo el fundamento cristalino, que puede observarse en las canteras del Parque Rodó o de La Teja, con afloramientos de rocas eruptivas y pizarras. A partir de la bahía, que acoge la playa de Capurro, altos médanos se extendían por toda la costa, alternando con puntas graníticas o gnéissicas.

Es de interés transcribir el siguiente párrafo de la descripción del asiento geológico de la ciudad de Montevideo, escrita hacia 1807, por un informante anónimo con destino al invasor inglés: "Está situada... sobre una legua de tierra que avanza E. O., a la mar, cuyas bases son de rocas de granito común, compuesto de feldespato, mica y cuarzo, con una capa de un pie de tierra y el resto de arcilla en su mayor parte, que tendrá de espesor en la playa principal tres toesas y de aquí desciende en contorno hasta descubrir las rocas en las inmediaciones de la mar, siendo al parecer esta gran masa, que le sirve de fundamento, ser casi horizontal o con muy poca inclinación, atravesada de filones y vetas de feldespato puro lechoso que a las veces tiene 6 pies de ancho con dirección por lo regular de E. O.; y de la mejor calidad para la fabricación de porcelana."

ASPECTOS DEMOGRAFICOS

Si se recorre rápida y panorámicamente la crónica de Montevideo, se aprecian en ella períodos bien diferenciados en cuanto al crecimiento de su población.

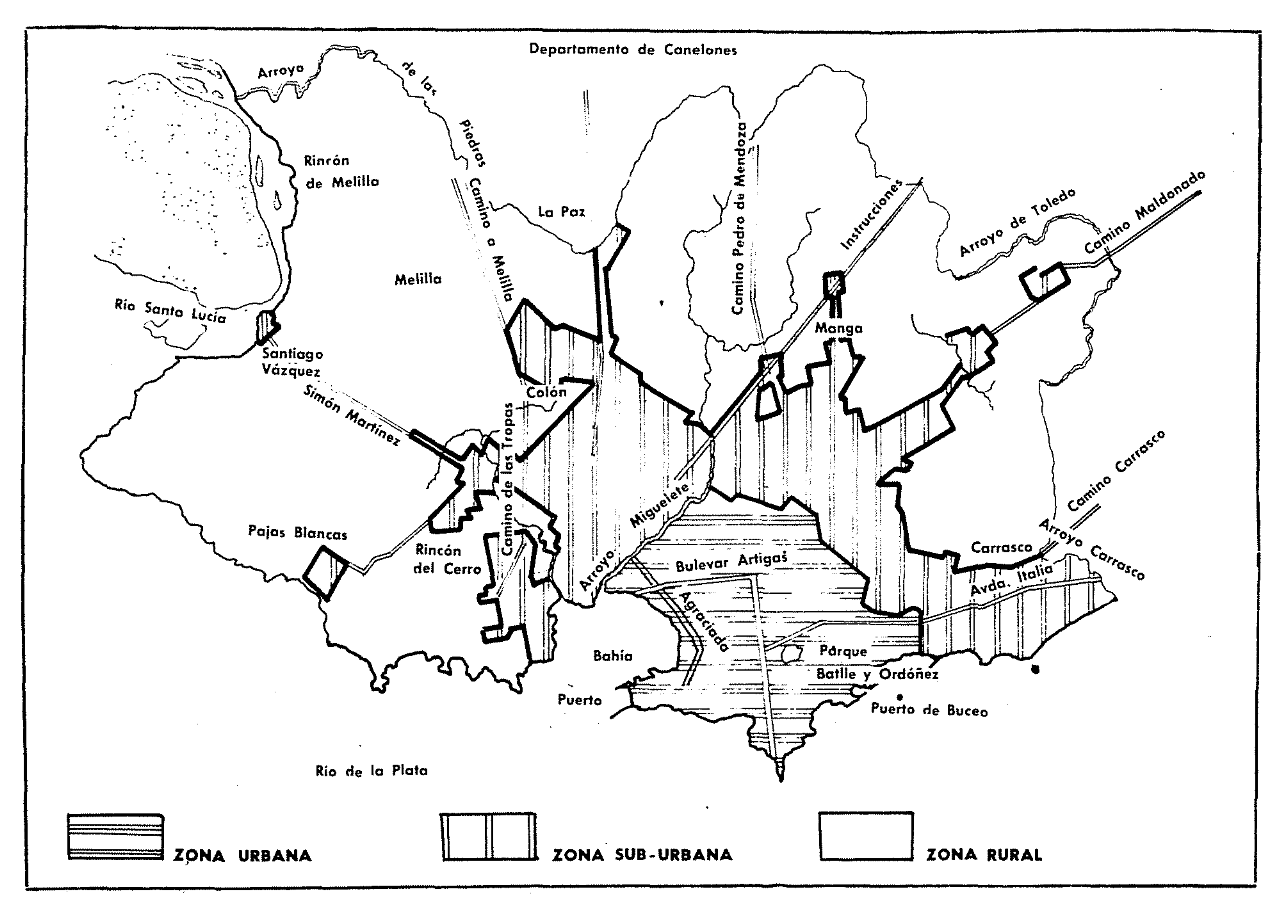
Desde los 34 pobladores registrados el 20 de setiembre de 1726, pasando por el padrón de 1805 levantado por Nicolás de Vedia, que arrojaba para el casco de la ciudad la cantidad de 9.359 habitantes en 1829, a poco más de cien años de fundada, se calculaba que San Felipe de Montevideo tenía solamente una población de unos 14.000 habitantes.

Se vivía la etapa de la humildad aldeana, del lento desarrollo, del Éxodo, de las invasiones inglesas y portuguesas, de las dominaciones brasileñas y porteñas, de los sitios patriotas. La ciudad aún no había sobrepasado la cintura de sus murallas.

Ya en plena época de la República, en 1835, tiene 23.404 habitantes y en 1843, al iniciarse el sitio, 31.189, de los cuales 11.431 son orientales y 18.897 extranjeros. (Es de advertir que en la cifra total se incluía la gente en armas y el vecindario de extramuros refugiado en la plaza.) En 1852, ya finalizada la Guerra Grande, el Censo General Administrativo de Giró dio 33.994 (18.590 orientales y 15.404 extranjeros). Posteriormente, en el período de treinta y ocho años comprendidos entre 1852 y 1890, la población se multiplica casi por siete. Fue el auge inmigratorio. Posteriormente, en un período de veintisiete años, de 1884 a 1911, sobrepasa con creces su duplicación. Este último año alcanza los 338.175 habitantes y en 1930 llega a 480.725.

Según los resultados del IV Censo General de Población del 16-X-1963, la población de la ciudad de Montevideo es de 1:154.465, es decir, un 44,52 % del total de la República, desequilibrio demográfico que gravita en forma creciente en los últimos años, ante el incesante éxodo rural, sobre el desarrollo económico - social del Uruguay.

Es de recordar, asimismo, que por decreto municipal del 15 de enero de 1947 se declaró zona urbana del departamento de Monte-



Límites actuales de las zonas urbana, suburbana y rural del departamento de Montevideo.

video la extensión superficial limitada por las siguientes vías públicas o cursos de agua: Río de la Plata, arroyo Malvín, calle Isla de Gaspar, camino Carrasco, calle 20 de Febrero, camino Carrasco, avenida General Flores, camino al Chimborazo, camino José Ma. Silva, arroyo Miguelete y bahía de Montevideo. Anteriormente, en 1878, el límite lo constituía la zona comprendida por el Bulevar Artigas, y en 1887, la limitada por el bulevar Propios y el arroyo Miguelete.

REALIDAD 1971: MAS DE UN CENTENAR DE BARRIOS

El término "barrio" nada tiene que ver con una clasificación administrativa. Sin embargo, algunos de los barrios montevideanos tienen sus límites estrictos sobre los cuales ejercen su jurisdicción los Concejos locales. Más de un centenar de ellos —algunos con nombres resonantes como Brazo Oriental y de la Espada (nombre deformado que proviene del apellido Lespade, según nos informa el Prof. Alfredo R. Castellanos)— tiene hoy Montevideo, si aglutinamos sin estrictez las ciudades Vieja, Nueva y de Palermo, las villas del Cerro, de la Unión, Colón, Muñoz, Dolores, Española y García, el balneario Pajas Blancas y los pueblos Victoria, Conciliación, de la Barra de Santa Lucía (actual Santiago Vázquez), Ferrocarril, Peñarol, Sayago y Abayubá.

El nacimiento de algunos fue provocado por la Guerra Grande, como El Cerrito, la Villa de la Restauración (La Unión) y Buceo que integran una unidad histórica; otros surgieron de manera espontánea, como Aguada, Cordón y Paso del Molino. Pero en su extensa mayoría fueron creados por especuladores de tierras, que al frente de empresas particulares vendieron a plazos solares para vivienda, en particular a inmigrantes y artesanos italianos y españoles, cuyo sentimiento patriótico explotaban dando a los nuevos barrios la denominación de lugares geográficos o de personajes destacados de su país de origen.

Tres figuras sobresalen como promotores de la pequeña propiedad: el montevideano Francisco Piria, el argentino Florencio Escardó y el español Emilio Reus.

Escardó, radicado desde su juventud en el Uruguay, rematador, periodista, escritor, autor teatral, fundó, según su biógrafo el ya citado Alfredo R. Castellanos, los barrios Atahualpa (1868), por la "Sociedad de Fomento Montevideano", de la cual era gerente; Libertad, en La Figurita (1871); La Comercial, en Las Tres Cruces (1871); Víctor Manuel (1874); Garibaldino (1879); Caprera (1879), en Pocitos; Mazzini (1879), contiguo al anterior; Garibaldi (1888) y Garzón (1890), en la Curva de Maroñas.

En cuanto al doctor Emilio Reus, con formidable capacidad para soñar y realizar, fue el fundador de los primeros grupos de viviendas económicas de Montevideo con techos "a la Mansard" (barrios Reus al Sur y al Norte), característica que los distinguía y que aun hoy conservan.

El creador de Piriápolis, comerciante e industrial, luchador incansable y de extraordinaria visión, martillero y escritor jugoso, arraigó su nombre en cada barrio y en cada suburbio montevideano. Se ha dicho que Piria, con el auxilio de una ruidosa propaganda, vendió la cuarta parte del área metropolitana. El éxito rotundo de Piria en esta actividad, lo explican —dice el profesor Juan Antonio Oddone—, conjugadas con un sagaz instinto de especulador, "la demanda de viviendas provocada por el crecimiento acelerado de la capital a partir de 1880, y las ventajosas condiciones de compra con que supo llegar a los sectores modestos de la población".

Casa de los tiempos hispánicos de Montevideo, sobre calle Camacuá. Dibujo a pluma por Julián Masqueles (1892).



LA CIUDAD VIEJA Y LA CIUDAD NUEVA

En anteriores entregas de carácter histórico-urbanístico de esta serie de publicaciones se ha desarrollado el tema de la evolución del Montevideo antiguo, por lo que consideramos reiterativas las referencias a la hoy llamada Ciudad Vieja. Pero conviene que señalemos rápidamente algunos aspectos que ayudarán a comprender mejor su transformación creciente.

Desde que la ciudad española va surgiendo en la "Ribera del Puerto" en forma de cabañas levantadas con cueros de vacunos, hasta el momento en que cae abatida por primera vez, en lucha cruenta y heroica, ante el invasor inglés —tiempos éstos en que ya era considerada la llave de los dominios españoles en esta parte del continente americano—, la ciudad se había transformado sensiblemente.

A la llegada de su progresista primer gobernador, brigadier José Joaquín de Viana, cuando aún Montevideo no había sobrepasado el millar de habitantes, el cuadrado fortificado de la Ciudadela ya estaba terminado (1741-1750), pero no sería habilitado hasta dos años después. Sólo entonces comenzaría la construcción de las murallas que cerrarían la ciudad y la proyectarían al rango de plaza fuerte, más importante que la del Callao, aunque inferior al formidable baluarte de Cartagena de Indias.

Montevideo fue, desde 1767, punto terminal de las comunicaciones marítimas entre España y el Río de la Plata. Una Real Orden de 1776 determinará las disposiciones que representaron el principio del establecimiento del Apostadero Naval español del Atlántico Sur en su puerto, que será habilitado para el comercio libre a partir de 1778.

Sucede así una etapa de prosperidad al constituirse Montevideo en centro de importación de los cargamentos traídos en los navíos de registro, y exportador, por cientos de miles de unidades, de un codiciado producto nacional: el cuero. Y el 24 de noviembre de 1791, una cédula real concede a Montevideo el monopolio para la introducción de negros destinados a las posesiones españolas en esta parte del continente. A comienzos del siglo XIX, en 1805, la tercera parte de la población montevideana estaba formada por esclavos, cuyo tráfico fue decisivo en el desarrollo económico de la ciudad.

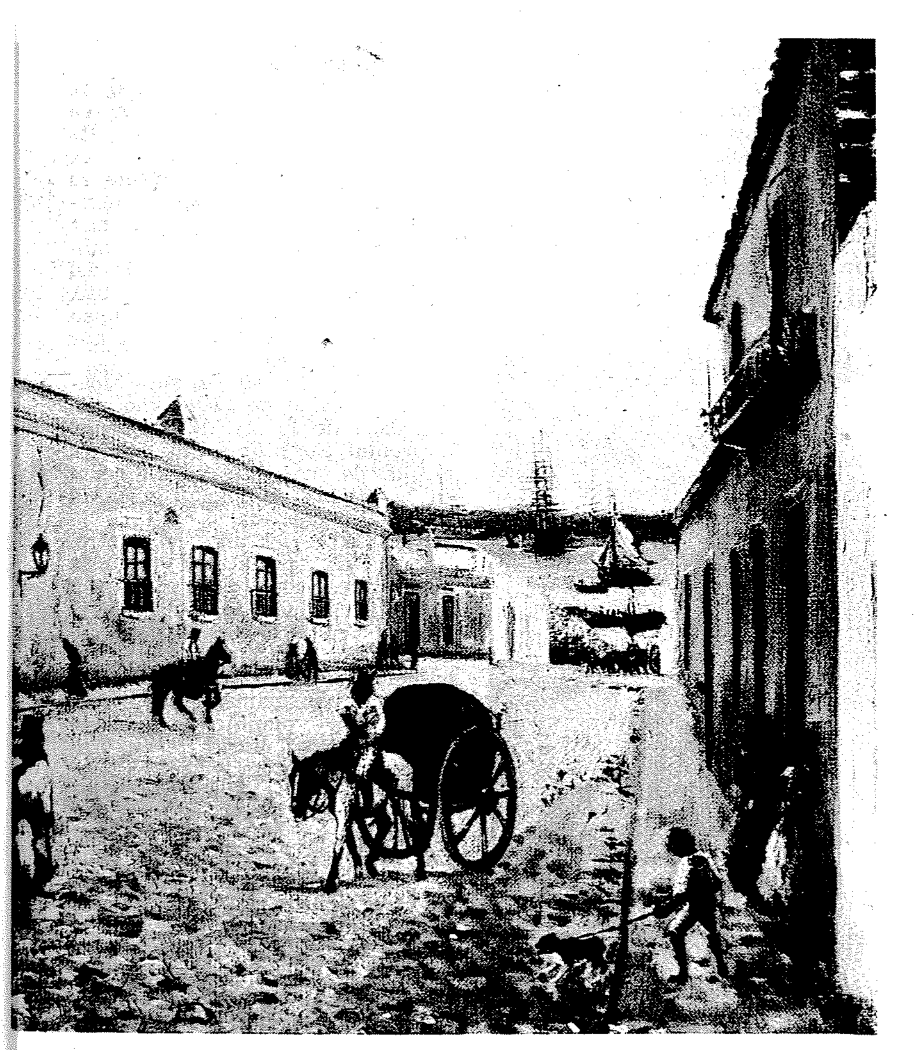
La exportación de tasajo adquiere a su vez tanta importancia como los embarques de corambre. Y como el contrabando marítimo y terrestre se sigue efectuando pese a las providencias adoptadas para impedirlo, el hecho trae como consecuencia, en 1794, el establecimento del Resguardo del Río de la Plata con sede en Montevideo.

El desarrollo de la ciudad, Puerto Mayor y Plaza Fuerte, residencia de estancieros, comerciantes, militares y agricultores, no sólo no se interrumpe durante el breve dominio inglés, sino que se acentúa y trae a Montevideo días de prosperidad.

Las casas montevideanas estaban en la época construidas de ladrillo con recubrimiento exterior de mortero, y blanqueadas; gruesos enrejados de hierro cubrían enteramente las ventanas, y prácticamente en cada calle había una pulpería. Los suburbios de extramuros estaban ya salpicados de numerosas viviendas.

El mapa de 1803 publicado por Isidoro de María, que muestra el terreno comprendido bajo el tiro de cañón de Montevideo y parte de los ejidos, registra una cantidad cercana a las ciento cincuenta viviendas fuera del recinto amurallado; en su mayoría van a ser destruidas por los fuegos de los invasores y de los sitiados.

El 21 de setiembre de 1808 se instala en Montevideo, la primera Junta de Gobierno americana. Fue creada en Cabildo Abierto, como vástago de las peninsulares en la lucha contra Napoleón, e independiente de Buenos Aires. La ciudad



Escena montevideana frente al Apostadero naval español del Río de la Plata, Patagonia y Malvinas, situado en la actual calle Zabala, entre la Rambla Roosevelt y la calle Piedras, sede también de la Primera Aduana.

va conformando un alma suya, original.

Seis años después, bloqueada por mar y tierra, arría su bandera hispánica con todos los honores, luego de dos sitios de las fuerzas patriotas. Luego sobreviene la dominación porteña, un breve período del gobierno delegado artiguista y "La Cisplatina", hasta que, a la salida de las últimas tropas imperiales, hacen su entrada triunfal en las calles montevideanas los integrantes del Gobierno Provisorio, de la Asamblea Constituyente y Legislativa y el ejército. El 18 de Julio de 1830 es solemnemente jurada, en la Plaza de la Matriz, la primera carta constitucional del Estado Oriental del Uruguay. Montevideo es ya la capital de la república y reinicia su expansión hacia la campaña.

Sobrevienen luchas fratricidas; la Guerra Grande es la culminación del desacuerdo profundo entre los dos primeros presidentes. La ciudad se transforma en un centro cosmopolita, ante la avalancha inmigratoria, en defensa de intereses europeos (políticos y económicos). Con la Paz de 1851 se reanuda rápidamente la corriente inmigratoria y nuevamente el progreso acelera su curso. Se inicia la época de oro de las diligencias que unen Montevideo con el resto del país.

Luego, otra vez los alzamientos revolucionarios, el motín, la dictadura. Pero ya es incontenible el ritmo progresista de Montevideo, que a partir del abatimiento de las viejas murallas fue prolongando su edificación por la costa de la bahía y a ambos lados de la Cuchilla Grande. La Plaza Fuerte pasa a ser ciudad comercial.

Hacia 1870 Montevideo atrae a los burgueses especuladores extranjeros. La navegación a vapor acerca Europa a la ciudad y la clase alta montevideana edifica suntuosas mansiones suburbanas y despliega sus mejores galas.

De 1870 a 1890 la ciudad se extiende a impulsos de una marcada prosperidad económica. Se multiplican los barrios nacidos de la especulación particular. Comienza la época montevideana que se ha dado en llamar la Belle Époque. Pocitos surge como centro de atracción para el turista argentino.

Aquel Montevideo peninsular de la Ciudad Vieja con rejas en las ventanas y miradores en las azoteas, da paso a un Montevideo que incrementa aceleradamente su edificación, pero que sigue conservando sus características aldeanas. Su gran transformación se realizará luego de la implantación del tranvía eléctrico en 1906. En 1940, la ciudad y sus suburbios ocupan un área casi tres veces mayor que seis lustros atrás.

Un gran salto edilicio dará Montevideo a partir de 1946 como consecuencia de la ley de propiedad horizontal. Surgirán así los grandes bloques de viviendas, especialmente en la rambla de Pocitos y en la Diagonal Agraciada.

Al paso de los años, el centro, las salas de espectáculos y los más importantes comercios se fueron desplazando hacia la Ciudad Nueva, que en 1829, en el llamado Campo de Marte —espacio comprendido entre la calle Ciudadela hasta aproximadamente la actual calle Ejido—, planificó el Cnel. de Ingenieros José María Reyes, proyecto luego mejorado por el Arq. Carlos Zucchi.

Gran parte de la historia del Uruguay está identificada con la Ciudad Vieja. Allí nació y vivió su niñez nuestro prócer José Artigas, vio la luz por primera vez José Enrique Rodó y vivieron Rivera y Lavalleja. Fue escenario de crímenes políticos que cortaron la vida de tres presidentes —Berro, Flores e Idiarte Borda— y refugio del más grande poeta uruguayo, Julio Herrera y Reissig.

Hoy, en este Montevideo caótico, dramático, triste y de intensa ten-

Jóvenes montevideanas de principios de siglo caminan airosas con sus maxifaldas por la calle 18 de Julio. Hoy, con menos sosiego, el detalle se repite.



sión social, pero siempre subyugante, la Ciudad Vieja es durante el día una colmena humana, multifacética, con un ritmo activo que le es propio. Nudo comercial y financiero, se concentra en sus bancos la mayor cantidad de capitales del país.

Ciudad Vieja de las Bóvedas, del Barrio Sur, del Guruyú (deformación popular del apellido Gounouilhou), de famosos mercados, de viejas librerías, de exportadores e importadores, de bufetes de abogados, de la Bolsa de Valores, de rematadores, de despachantes de aduanas, de importantes organismos públicos, de comercios de israelitas, de templos de la fe, de museos en cuyas salas se compendia nuestra historia prócer.

Ciudad Vieja, que tuvo su principal calle maldita en el Yerbal, y que hoy es también mundo sombrío que surge en la noche, de prostitutas y borrachos, de contrabandistas, de homosexuales, de antiguas casas señoriales transformadas en dudosos hoteles, de sórdidos conventillos, de pensiones y bares de camareras y para marineros. Comenzaremos ahora sí, un pequeño recorrido retrospectivo por algunos de los principales barrios montevideanos, base y raíz de los tiempos presentes. Los caminos casi desiertos de antes que salían de la ciudad, se han dinamizado en calles, en plazas, en parques, con el sonoro ritmo de la gente y las máquinas. Y mientras se empinaban los pretiles de altos edificios, miles de casas fueron cubriendo los antiguos huecos y los solares abandonados. La síntesis será muy estrecha, pues no cabe el mar en un dedal.



Novísima estampa de la avenida 18 de Julio, pulso dinámico de la jungla de asfalto del Gran Montevideo, remarcado por la presencia del Palacio Salvo.

HISTORIA Y RASGOS DE ALGUNOS BARRIOS

Las ciudades antiguas nacían en el diálogo con las fuentes. Grecia y Roma veneraban las fuentes como dispensadoras de gracia y de frescura, como madres ilustres de la agricultura circundante.

El Montevideo primigenio también tuvo sus fuentes y alrededor de ellas comenzó a crecer un modesto caserío que con el andar del tiempo se convirtió en el barrio de la Aguada, que tiene su centro en el Palacio Legislativo y la Avenida Agraciada como su más importante vía de comunicación.

LA AGUADA: VIEJA HISTORIA DE FUENTES; MODERNO CRECIMIENTO VERTICAL

En la llamada "Quebrada de los Manantiales" los navíos se aprovisionaban de agua antes de emprender largas travesías. Pero también desde la plaza fuerte, que tenía ese mismo lugar para su abastecimiento, iban las carretas a los arenales de la Aguada, de donde traían la arena necesaria para construir las viviendas de material.

Otro núcleo poblado se fue formando entonces en torno de la Capilla del Carmen, fundada hacia 1793 por el presbítero Manuel Antonio Collantes en las proximidades de la esquina formada por la Avda. Rondeau y la calle Cerro Largo actuales. En 1812 ya había sido demolida por encontrarse bajo el tiro de cañón de la plaza.

En el conocido dibujo de 1794 de Fernando Brambila, pintor de la expedición Malaspina, aparece la fuente de la Aguada. Todavía subsiste, bajo la finca de la Avda. Agraciada N° 1800 esquina Pozos del Rey. Dos fuentes más ha ubicado Walter Scaldaferro: una bajo la casa señalada con el N° 1234 bis de la calle La Paz, entre Cuareim y Yi, la que considera es la misma que fuera llamada Fuente de las Canarias, cuya agua era de primera calidad; la otra bajo la finca de la calle La Paz esq. Yi, determinada por el N° 1250.

Según lo escribiera Francisco Acuña de Figueroa en su "Diario Histórico", por el mes de abril de 1813, para hacer sentir la penuria de agua a los sitiados, los sitiadores de la plaza de Montevideo arrojaron piedras y animales muertos en las fuentes. Y aunque luego la ciudad y los navíos se siguieron surtiendo en ellas, hacia 1836 la de la Aguada de los Navíos estaba salobre y se había abandonado. En sus inmediaciones prosperó la famosa Quinta de las Albahacas, situada en las proximidades de las calles Ejido, Cerro Largo y Miguelete, según el Dr. Domingo González. Fue una de las principales abastecedoras de hortalizas y verduras para la ciudad y contó entre sus cultivadores a León Palleja, cuando éste era un desconocido peoncito.

En la segunda Capilla de la Aguada, inaugurada en julio de 1821, se reunió desde el 16 de febrero al 22 de abril de 1829 el "Gobierno Provisorio y de la Representación Nacional", cuando era Gobernador y Capitán General el brigadier José Rondeau. Allí, en el mismo predio que hoy ocupa la Basílica de Nuestra Señora del Carmen (Avda. Agraciada y Venezuela), se decretó la ley de creación del Escudo Nacional, el 14 de marzo de ese año.

La Aguada, ya constituida en centro de población considerable, conjuntamente con el Cordón fue incorporada a la Ciudad Nueva el 31 de diciembre de 1861, para que disfrutara de las mejoras de higiene y policía con que contaba aquélla.

En 1882, en la que fuera quinta de Guerra, nació el Internato Nor-

mal de Señoritas, cuya dirección fue confiada a la maestra "vareliana" María Stagnero de Munar.

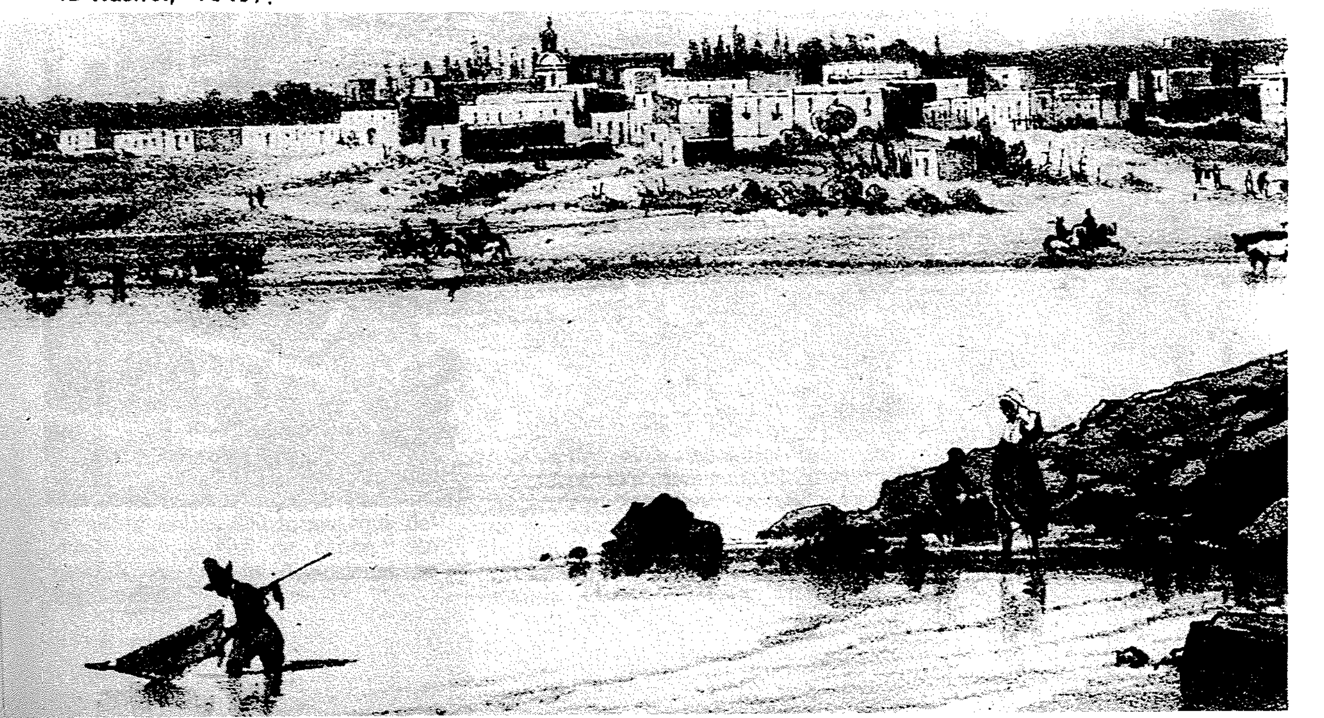
Tres generaciones de la familia Batlle dieron tradición social a la Aguada. El primero en instalarse en ella fue el emigrado catalán José Batlle y Carrió, que llegó en 1800 a Montevideo. Seis años después compra al Dr. Mateo Magariños su Molino de la Aguada, ubicado en un amplio solar entre las actuales calles Yaguarón, Pozos del Rey y Agraciada, molino que fue arrasado durante los dos sitios de los patriotas. En Asunción esq. Yaguarón nació uno de sus hijos, Lorenzo Batlle, que con el grado de general llegaría a ocupar la presidencia de la República; en otro edificio de posterior construcción, situado en Yaguarón y Lima, inició su existencia su nieto, José Batlle y Ordóñez, ligado por medio siglo de vida política a uno de los más trascendentes períodos del desarrollo nacional.

El famoso asiento del Quinto de Cazadores, baluarte de Máximo Santos, antiguo Cuartel llamado de Bastarrica, desapareció de su ubicación en Agraciada y La Paz cuando comenzó la rectificación de aquélla, determinada por la ley de 19 de junio de 1928.

En la zona donde en 1888 recibiera el bautismo de fuego el Cuerpo de Bomberos al producirse el incendio del molino "San Luis", situado frente a la iglesia de la Aguada, entonces en construcción, ha brotado orillando la majestuosa Diagonal Agraciada una selva de empinados y macizos edificios. Sin duda, el edificio más monumental y hermoso de cuantos se levantan en la zona es el Palacio Legislativo, construido sobre el predio de la que fuera plaza General Flores e inaugurado en ceremonia solemne el 25 de agosto de 1925.

En la Aguada, en una casa de la calle Agraciada Nº 26 (actualmen-

La playa y edificaciones de La Aguada. En primer plano, un clásico pescador y una lavandera (D'Hastrel, 1840).



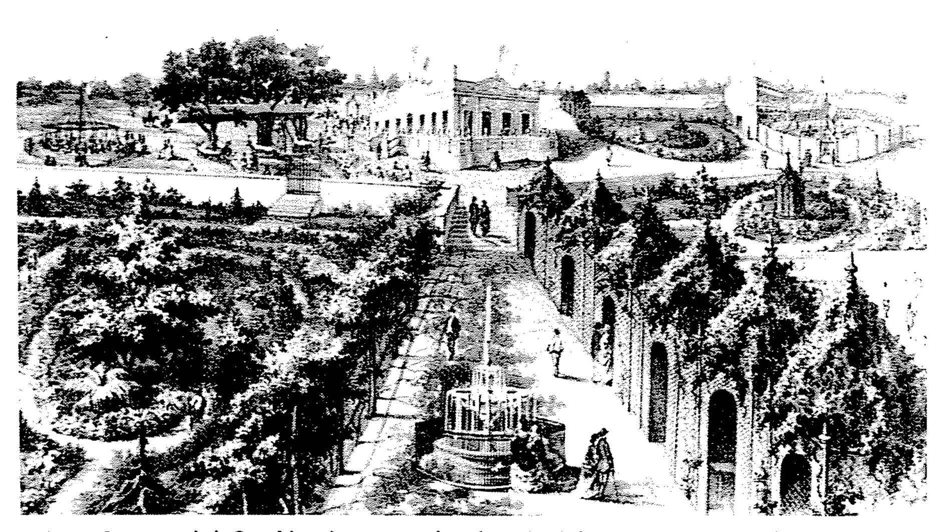


La Aguada: perspectiva de su plaza de frutos del siglo pasado.

te Agraciada casi La Paz) nació el 17 de enero de 1875 Florencio Sánchez, y en otra de la calle Nueva York al 1415 vivió en sus últimos años Gerardo Matos Rodríguez, el autor del más famoso de los tangos, "La Cumparsita".

Hoy, en la llamada Universidad Femenina, creada en 1912, hoy Instituto José Batlle y Ordóñez, en el no menos importante edificio del colegio y liceo "Sagrada Familia", en el Instituto "Héctor Miranda" y en el liceo Nº 17, se cultiva y se moldea el espíritu de los jóvenes. Y a partir del auge edilicio surgen residencias de gran porte, importantes cuerpos de apartamentos como los construidos por la empresa Lamaro, dilatadas sedes de instituciones públicas, grandes locales comerciales.

Un tránsito febril, con sonoro ritmo vial, es hoy la realidad dinámica de aquella zona arenosa, llena de sangradores y barrancos, que oteaba con humildad las oscuras murallas de la Plaza Fuerte.



Primer Recreo del Cordón, inaugurado el 2 de febrero de 1871: glorietas, calesitas, jinetes que corren la sortija.

CORDON Y SU DENSO ITINERARIO HISTORICO

Según afirma Isidoro de María, "elevado Montevideo a la categoría de Plaza de Armas y Gobierno Político Militar en 1750 prohibióse desde entonces construir casas de material dentro de tiro de cañón (600 toesas) fuera de Portones, permitiéndose únicamente hacerlo de fajina y otras semejantes, con el objeto de despejar en cualquier evento de guerra, la superficie comprendida en las 600 toesas, que determinaba el tiro de cañón." En muchos casos esta disposición no fue acatada.

La "Piedra Grande", que iniciaba la línea demarcatoria del Cordón, se encontraba en el medio de la actual calle Tacuarembó entre Cerro Largo y Galicia. Luego la "línea" seguía su trazado pasando por las cercanías de la hoy plazoleta del Gaucho y finalizaba donde en nuestros días está la esquina de Vázquez y Gonzalo Ramírez, frente a la playa, hoy terraplenada, que se conoció después con el nombre de Santa Ana. A su vez, el primer mojón se encontraba en la llamada Piedra Nativa, contigua al arenal de la fuente de Canarias. La parte de esta línea hacia el este tomó la denominación de Cordón, por la cual se conoce hoy el populoso barrio de ese nombre.

Se estima que la Casa de Guardia fue el primer edificio construido en su ámbito, allá por los años 1790 a 1795. En 1767, según las evocaciones de Isidoro de María, se habrían delineado en el Cordón unas sesenta cuadras con calles de 15 varas de anchura, para población, por Bartolomé Mitre, abuelo de quien fuera más tarde

prócer argentino, "poblador del paraje y comisionado al efecto"; pero todo no había pasado de un intento.

Bartolomé Mitre fue propietario de una cuadra de tierra obtenida por donación en 1767, ubicada frente a la panadería de Luis Sierra.

Fueron vecinos del Cordón, Juan Antonio Artigas y luego su hijo Martín José, abuelo y padre respectivamente del "fundador de la nacionalidad oriental". Vivieron en una casa situada aproximadamente en la mitad de la cuadra de la actual Avda. 18 de Julio, entre Carlos Roxlo y Minas (vereda norte). En el período 1805-1807 el entonces Ayudante de Blandengues José Artigas fue el encargado del resguardo de la jurisdicción del Cordón y Peñarol. En el Cordón nació su hijo José María, de su matrimonio con su prima Rafaela Villagrán. El 19 de junio de 1811, el mismo día en que cumplía 47 años de edad, Artigas estableció el campamento patriota en el Cordón.

La monotonía de la vida remansada del humilde poblado de extramuros, se vio conturbada en 1807 por la invasión inglesa.

En los comienzos del siglo, los hermanos José y Luis Fernández se habían afincado a la altura de 18 de Julio entre Tristán Narvaja y Eduardo Acevedo, levantando en el camino frontero un nicho en el que colocaron una cruz con un Cristo, abierto a la devoción de los viandantes. Muy cerca de allí cayó, en la acción del Cardal, don Francisco Antonio Maciel, que en su condición de Hermano Mayor, y conjuntamente con los demás integrantes de la Junta Gubernativa de la Hermandad de Caridad, inauguró el 17 de junio de 1788 el primitivo Hospital de Caridad montevideano. El Cristo hoy se encuentra en la fachada principal de la Iglesia del Cordón.

En el carnaval de antaño, los jóvenes montevideanos se divertían organizando "asaltos", como el que documenta esta animada estampa.



La capilla, solicitada en 1795 por el sacerdote Juan José Ortiz, no quedó concluida hasta después de la retirada de los ingleses. Se levantaba en la actual calle Colonia, entre Tacuarembó y Vázquez.

El sitio artiguista de 1813, la elección de diputados en 1828 realizada en el Cordón para asistir a la Convención Preliminar de Paz firmada entre Argentina y Brasil, y la magna ceremonia de 1830 motivada por la Jura de la Constitución en el Cordón, fueron sucesos que conmovieron el tranquilo ritmo lugareño.

Ha dicho un historiador que la historia moderna se desconoce por exceso de datos. Lo mismo sucede con el Cordón. Tantos hechos (pequeños y grandes) acontecieron en su ámbito que debe apelarse a un método cronológico para pautar la sucesión de fechas importantes. Y aquí van algunas de éstas, en vívido haz de recuerdos y realidades.

1834: se crea la plaza Artola. después de un largo litigio. Su nombre primitivo, que nunca fue oficializado, le viene del vasco del mismo apellido que tenía en el lugar un horno de ladrillos. Desde 1856, año en que fue transferido allí el mercado de frutos que tenía su asiento hasta ese entonces en la plaza de Cagancha, se llama "de los Treinta y Tres". Según Walter Pernas sirvió hasta 1868 como punto terminal de viaje de carretas que conducían fundamentalmente cueros, frutos y aves desde el interior a la capital de la República; en sus últimos años, conjuntamente con el mercado de frutos ubicado en la plaza Sarandí de la Aguada, que la sustituyó en dichas funciones.



La feria de Tristán Narvaja, una cita dominical en el Cordón para el comercio y el trueque, que recuerda al mercado de "las pulgas" parisiense.



Los viejitos de la plaza de los Treinta y Tres, los de siempre. Trabajan muchos años, logran jubilarse y ahora no les alcanza lo que cobran. Tal vez un milagro caiga del cielo.

1835: contigua a la quinta de Ramón Masini (que fuera miembro de la primera Asamblea Gral. Constituyente), situada en la esquina de las calles actuales Constituyente y Santiago de Chile, se levanta la Plaza de Toros del Cordón.

1850: se celebran famosas carreras de sortijas, como en años anteriores, a las que acude la juventud elegante de Montevideo.

1863: los profesores Pedro Ricaldoni y Carlos de la Vega fundan el "Colegio Nacional", en el actual emplazamiento de la Universidad de la República.

1867: durante el gobierno del Gral. Flores se crea la nomenclatura para las calles paralelas y transversales a 18 de Julio.

1869: inicia sus actividades, en un modesto local ubicado en 18 de Julio y Pablo de María la escuela "Elbio Fernández", fundada por la Comisión Directiva de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. El discurso inaugural fue pronunciado por José Pedro Varela, quien expresó que dicha Sociedad había querido establecer así "el modelo que sirva para la organización de todas nuestras escuelas primarias".

1870: se inaugura sobre 18 de Julio el segundo edificio de la iglesia del Cordón. El tercero, el actual, no será abierto al público sino hasta 1924.

1871: se habilita el primer Recreo del Cordón, en las inmediaciones de Gaboto, Chaná y Charrúa.

1878: el 24 de marzo se inaugura el teatro "Aurora", en la calle de la Colonia Nº 373 entre Médanos (actual Dr. Javier Barrios Amorim) y Parque. Antes de la hora de la iniciación del espectáculo, a cargo de una compañía dramática española, se remontaron globos a la puerta del teatro, acompañados de música y cohetes.

1879: se instala la estación del Ferro Carril Cordón en la línea del Este, que tuvo su terminal en Manga. En ella viajarían, de preferencia, los aficionados al turf. Comienza su actividad la Escuela de Artes y Oficios en el antiguo Cuartel llamado de Morales, actual sede del CGIOR.

1883: se inaugura en un predio situado en la actual esquina de 18 de Julio y Magallanes (donde hoy está el cine CENSA), la Primera Exposición Agropecuaria de Montevideo.

1884: Desde la ex-Escuela de Artes y Oficios, ubicada en la época en la avenida 18 de Julio entre las calles Tristán Narvaja y Gaboto, la cañonera "General Rivera", primer barco de nuestra armada construido en el país, es transportada, deslizándola sobre durmientes, hasta el varadero de Gounouilhou, en la bahía.

1890: José María Goicochea construye en la plaza "de los Treinta y Tres", sobre 18 de Julio casi Magallanes, el famoso frontón "Jai Alai" (Fiesta Alegre), cuyos espectáculos de pelota vasca alcanzaron nivel internacional.

1892: el viejo cementerio inglés, que subsistiera por más de medio siglo en el cuadrilátero de 18 de Julio, Ejido, Santiago de Chile y Soriano, actual sede de la Intendencia de Montevideo, es sustituido por una plaza de armas.

1895: culminando una intensa actividad teatral iniciada por el Teatro de la Esperanza en 1867 y proseguida por el Teatro Cassatti del Recreo del Cordón y el "Aurora", la Sociedad Stella D'Italia inaugura un teatro que aún subsiste en Mercedes y Tristán Narvaja.

1898: estalla un motín en el cuartel del 6º de Infantería (Colonia y Minas), para derrocar al presidente Cuestas. Es sofocado pero queda un trágico saldo de muertos y heridos.

1909: se abre al público el cine Eden Park, que clausura sus actividades en 1927.

1911: es inaugurado, en su sede actual, el nuevo edificio de la Universidad de la República.

1927: inauguración del Monumento al Gaucho.

1930: inauguración del Cuartel Centenario para sede del Cuerpo de Bomberos de Montevideo.

1933: golpe de estado del presidente Dr. Gabriel Terra, que había instalado su despacho en el Cuartel del Cuerpo de Bomberos.

1941: habilitación del nuevo edificio para la Caja de Jubilaciones y Pensiones, actual Banco de Previsión Social.

1955: inauguración de la Estación Central de Ómnibus Interdepartamentales.

1955: Se inaugura el estadio cerrado del C. A. Peñarol.

1958: habilitación del nuevo edificio para la Biblioteca Nacional.

Todo lo que viene después es vida actual, contemporánea. El Cordón posee una rica y proteiforme historia, un sello de dignidad, en el mosaico multicolor de los barrios montevideanos.

PALERMO Y BARRIO SUR, RESIDENCIA DEL CANDOMBE

En noviembre de 1835 se celebró solemnemente el acto de consagración del Cementerio Central. La necrópolis sería la sede menor de la grandeza y de la humildad emparejadas por el olvido.

Y bien, casi treinta años después de esta ceremonia, hacia 1863 para ser más exactos, se tomó una foto-

grafía de la calle que llevaba al Cementerio, llamada hoy Yaguarón. El lugar aparece como un desolado desierto, lleno de baldíos y yuyales. Hacia el este hay un grupo de casitas que brotan como blancos hongos en la soledad de los eriales. Una de ellas luce esta leyenda: "Almacén de Comestibles de la Nueva Ciudad de Palermo".

No se estaba en Sicilia, sino en Montevideo. Sin embargo, en ese naciente barrio se prolongaría en el tiempo ese nombre, había italianos y criollos iniciando la ruda hermandad que imponían las orillas pueblerinas. Aparecía empequeñecido por la Rotonda del Cementerio Central, proyectada por Poncini, pero iba a crecer, y mucho...

La Nueva Ciudad de Palermo figura inscripta contigua al Cementerio Central en el plano editado por Mege y Williams de 1862 y en los levantados por el Ing. Pablo Neumayer en 1865 y por el Agr. Pedro D'Albenas en 1867.

Años más tarde se produce en la zona un salto edilicio hacia el progreso. La empresa de Emilio Reus construye hacia 1887 el Barrio Reus al Sur, próximo a la playa Ramírez, hoy limitado por las calles Tacuarembó, San Salvador, Minas e Isla de Flores. Su calle principal era la llamada Particular, actual Ansina.

Un periodista que lo visita hacia 1890 lo describe como "el refugio de un centenar de personas, proletarias en su mayoría, atraídas por la equidad de los alquileres". Las viviendas, de altos y bajos, son cómodas y están rodeadas de casas de comercio: almacenes del Barrio Reus, almacén y fonda de la Bella Italia, Café y Confitería de los Treinta y Tres, etc.

La vecindad —prosigue el periodista— es obrera en su mayoría y de buenos hábitos, de manera que no se producen allí incidentes desagradables.

Agrega en la crónica que su verdadero objetivo al ir al barrio Reus del Sur era visitar la Escuela de Artes y Oficios, situada a escasa distancia de la calle San Salvador. Su edificio, que recogiera fecundas jornadas del Dr. Pedro Figari, construido bajo la dirección del ingeniero Rafael Maggio, quedó terminado en 1890 y se inauguró con la presencia del general Tajes, entonces presidente de la República.

La primitiva sede de la escuela estaba situada donde hoy se halla el edificio de la Universidad de la República. Al trasladarse al barrio Reus del Sur creció su capacidad y en ella, al decir del mencionado cronista, "se asilaron varios cientos de muchachos que ayer nomás vagaban por calles y plazas mendigando o cometiendo raterías."

Según Andrés Álvarez Daguerre el barrio Palermo abarcaba, de 1895 a 1910, el espacio así limitado: por el lado sur, el Río de la Plata; por el este, la calle Médanos; por el oeste, la calle Arapey, hoy Río Branco, y por el norte la calle Canelones.

"Prevalecían —escribe el autor citado— los barracones y barracas para depósitos de carretas, carros, animales y galpones para acopio de frutos del país. Existían también buen número de casas de inquilinato, compuestas por numerosas piezas, casi siempre con un amplio patio, en cuyo centro hallábanse las piletas para el lavado de la ropa de sus habitantes, marginado por algunas higueras o parrales e iluminado durante ciertas noches por un gran farol a base de querosene."

Entre estos inquilinatos se hallaba "El Candombe", ubicado en Ibicuy esq. Durazno y el tantas veces evocado "Medio Mundo", en la calle Cuareim entre Durazno e Isla de Flores. Las construcciones más modernas surgían por la calle Maldonado y Canelones y sus laterales.

En los conventillos del barrio Palermo perduraban las viejas tradiciones que llegaron al Río de la Plata con los esclavos. Allí se bailaba el candombe, una especie de drama ritual, que recogía en su ritmo extraño la emoción y el misterio del ancestro negro.

Francisco Acuña de Figueroa y el cronista Isidoro de María mencionan algunos nombres de las "naciones" o comunidades negras del Montevideo antiguo, que anotamos con las correcciones que les hiciera el Cnel. Rolando A. Laguarda Trías: camunda, casanches, cabindas, benguelas, munyolas, congos, mozambiques, minas y malembas.

En la costa del Sur, en el Recinto, "espacio comprendido entre las Bóvedas hasta el Cubo del Sur", celebraban los negros sus fiestas, en las que se bailaban candombes. Hacia 1859 se realizaban en las inmediaciones del cementerio viejo (Durazno y Andes), y luego también a techo cubierto. Hacia 1889 ya habían desaparecido, pero desde 1870 surgen con las comparsas de negros que darían permanente brillo al carnaval montevideano. En este siglo llegaría la época de los famosos "Esclavos del Nyanza" y



En medio de la noche del Barrio Sur y Palermo, las "llamadas", con su sonora baraúnda del tambor, son lo único auténtico del actual carnaval montevideano.

posteriormente "de las llamadas", lo único auténtico del carnaval actual.

Palermo tuvo también su historia de coraje turbio, protagonizada por bailarines y matones que, entre el humo y las músicas quejumbrosas del tango, jugaban a "quién era más". El escritor Vicente Carrera ha retratado en "El Cubil de los Leones" a esos sombríos y valerosos personajes que imperaban en el lugar cuando las calles estaban empedradas y los cercos tenían glicinas y madreselvas. También fue Palermo barrio de guerrillas con hondas y "marías".

Cuando la Rambla Sur que hoy conocemos no existía, el bajo, tantas veces evocado en las crónicas, y el barrio Palermo, dialogaban mano a mano con el río. Pero el progreso de la ciudad exigía un cinturón vial, que hiciera ceder terreno al pintoresco y sórdido trasmundo de casuchas, lenocinios y boliches noctámbulos.

En 1922 el Ing. Juan P. Fabini, que integraba el Concejo Departamental de Montevideo, inició las obras de la Rambla Sur, que comprendían 700 metros detrás del Cementerio Central. A la altura de la calle Minas se instaló la fábrica para construcción de bloques. Y "la piqueta fatal del progreso", como dice la canción, comenzó a trabajar. Los extraños pobladores costaneros, "bichicomes", seres marginales, parias de la sociedad, fueron desalojados. Las playas de Patricio, pertenecientes al barrio la Estanzuela, y Santa Ana, del barrio Palermo, fueron rellenadas. Se ganaron al río 180.000 metros cuadrados. La Rambla costó 15 millones de pesos. Y se llevó con su belleza

TAMBORIL CON T DE TANGO

A la puesta del sol, precisamente, ya estarán los negros esperando la "llamada". Al extenderse el eco del tamboril abuelo, como un mensajero de la amistad y la alegría, se encenderán en un ritmo jubiloso los patios de los conventillos, y allá saldrán a formar en las filas. Compenetrados y graves, algunos por la vereda, otros por el medio de la calle, sacudiendo los culeros de piel de conejo, estrellados de cascabeles y espejitos. Las viejas, en las ventanas pobladas de malvones, miran con insistencia a los que pasan: siempre son parecidos a alguno de su relación:

—Creí que era Larraura —dicen—: me pareció que aquél era Rubilar... Son de cuando el barrio tenía no más de mil habitantes y todos se conocían en esa especie de aristocracia de la gente de color. Aristocracia sin blasones ni linaje; por antigüedad y por calidad humana; nació, puede pensarse, por el 900, en el conventillo de Sarandí 80, cuando los Silva proclamaron la diferencia entre el "pardo Ché" y el "pardo Usté".

Aristocracia y rango lo de esos negros humildes que templan los cueros alrededor de una fogata, en la calle. El fuego les hace brillar la cara, y las estrellas de lata que les cuelgan de las orejas tienen destellos celestes y malvas y blancos como las mismas del cielo. Ha sonado el pito que los llama a la fila y con rara obediencia, con un firme espíritu de disciplina, corren a tomar colocación, y el tartamudeo de los parches se va transformando en un lenguaje claro, completo, emocionado. Cada vez se exalta más su espíritu; el ancho sombrero de paja ha caído atrás, y el sentir la frente libre les comunica una fuerza renovada, una audacia incontenible. Ahora se les retuercen los miembros, se les crispan los nervios; la cabeza alta, la mirada fija adelante como perdida en el pasado.

EL HACHERO en "Marcha".

urbanística los recuerdos viejos del barrio y la añorada muralla, que en el 1930 despidieron con nostalgia los muchachos de la Oxford.

ARROYO SECO, BELLA VISTA Y CAPURRO

La Aguada fue prolongando sus edificaciones hacia el arroyo Seco, en el camino del Paso del Molino, sobre el Miguelete.

Es errónea la afirmación de Isidoro de María de que dicho topónimo deriva del saladerista y hacendado Juan José Seco. Cuando éste era un muchacho y vivía en Buenos Aires, ya aparece registrada en documentos de 1756 y 1757 la denominación de Arroyo Seco, seguramente llamado así por su escaso caudal de aguas en épocas de estío.

Allí Miguel Ryan tenía en 1788 su saladero, uno de los primeros que existieron en el país. Y quizá antes de ese año levantó su residencia el comerciante e industrial español Antonio Baltasar Pérez, en la actual esquina de Agraciada y San Fructuoso, y luego un oratorio, vieja casona histórica que aún se conserva en parte, en la que se firmaron las condiciones mediante las cuales se rindió en 1814 la plaza de Montevideo. Instancia memorable con la cual tocó su fin el dominio español en el Plata.

Durante los primeros asedios que soportó la ciudad, el Arroyo Seco fue considerado lugar estratégico por los sitiadores. Allí estaban instalados hacia 1867, los Corrales de Abasto de Montevideo —figuran en el plano del agrimensor francés P. d'Abenars, cercanos al saladero de Biraben—; allí, el 25 de agosto de 1885, durante la presidencia de Santos, se inauguraría el Colegio Militar, luego llamado Escuela Militar, en un predio situado en la antigua quinta de Casaravilla, calles Agraciada y Córdoba (actual Gral. Aguilar), sede que luego fue trasladada en 1910 a la Av. Garibaldi donde hoy funciona el Liceo Militar y posterior-

mente, en 1969, a su actual emplazamiento en Toledo.

En el verano de 1913, en el predio de la quinta de Iglesias situada en la actual calle Gral. Palleja, entre San Fructuoso y Entre Ríos, el temerario aeronauta argentino Eduardo Bradley, acompañado del teniente uruguayo Arturo Vázquez Lezama, inició una emocionante travesía en el globo "Cóndor", que culminó con un feliz descenso en las inmediaciones del Cerro.

En 1889 es oficialmente inaugurada la Usina del Arroyo Seco, para dar luz a los barrios de Aguada y Cordón. En 1932 se inaugura la nueva Central de Generación, a la que se denomina "José Batlle y Ordóñez", y en enero de 1946 se inicia la construcción del Palacio de la Luz, sede de las oficinas centrales de la U. T. E., cuya importante estructura de hormigón quedó terminada en 1947.

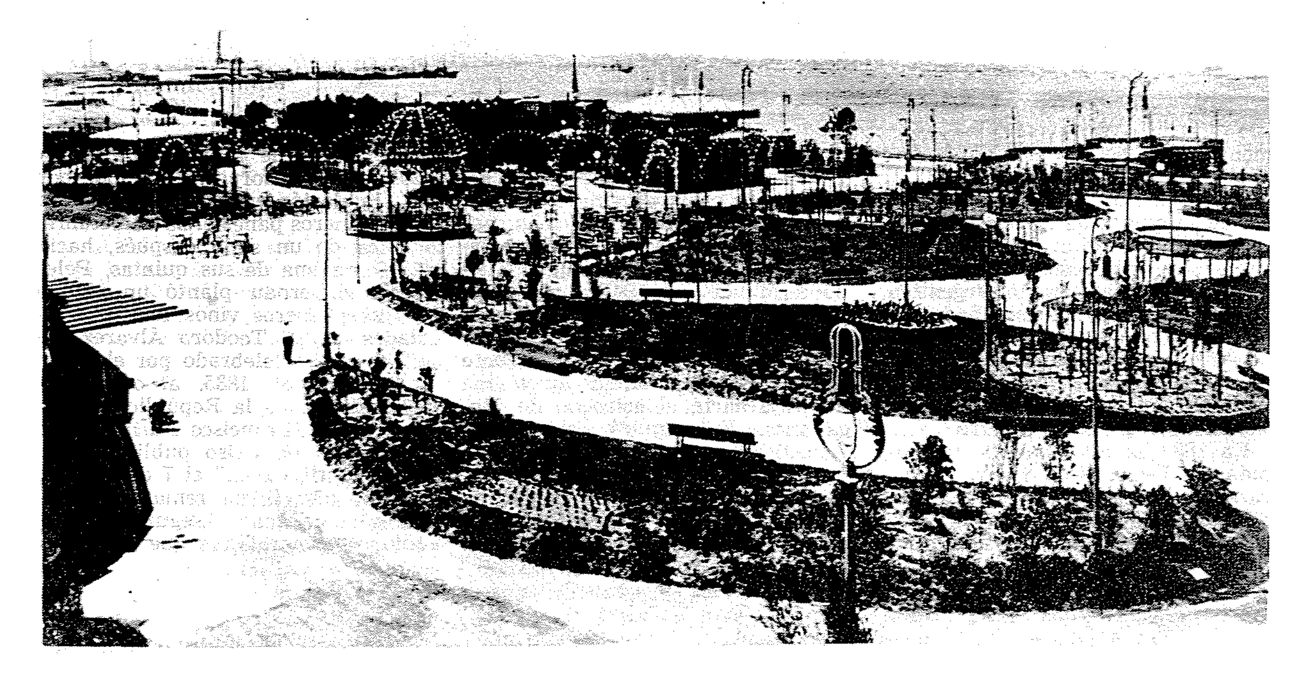
Donde hoy se encuentra el barrio Bella Vista desembarcaría en octubre de 1708 el sabio sacerdote francés Louis Feuillée, quien iba de viaje hacia el estrecho de Magallanes. Fue, quizá, el primer agricultor de Montevideo. Durante los tres meses pasados en la costa de la bahía, plantó una huerta de repollos, rábanos, perejil y lechugas y realizó observaciones meteorológicas y de fauna alada de la zona. En los hornos fabricados por la tripulación en tierra, se cocieron los primeros panes el 25 de octubre.

Más de un siglo después, hacia 1830, en una de sus quintas, Pelegrino Gibernau plantó un viñedo y sus primeros vinos fueron brindados, según Teodoro Álvarez, en el banquete celebrado por el general Oribe, en 1835, al ocupar la presidencia de la República.

En 1842, Francisco Farías, como consta en un aviso publicado por "El Constitucional" el 7 de octubre de ese año, inicia remates de solares en la zona. Aseguraba a los futuros compradores que el dinero

La proa donde finaliza la calle Paraguay en la avenida Agraciada, en perspectiva obtenida a principios de siglo. Imagen del Arroyo Seco detenida en el tiempo.





El parque Capurro. Los montevideanos y las montevideanas que hayan vivido más de medio siglo, recordarán con nostalgia esta estampa de su época de niñez o juventud.

que desembolsaran sería triplicado "a la vuelta de un par de años". El paraje de Bella Vista era ponderado como el punto más elevado y pintoresco de la ribera de la capital uruguaya.

La historia edilicia de Bella Vista enriquece sus anales con dos casas de estirpe patricia. El general Rivera tenía allí una quinta a la altura de la actual Avda. Joaquín Suárez y Asencio, a escasa distancia, al norte, de la "azotea" que construyera el jefe de la Defensa, en 1840. Su gran portón de hierro, único detalle salvado, se incorporó en este siglo a las mejoras introducidas en el "Parque Fructuoso Rivera" de Carrasco.

La casona que se conoció por Mirador de Suárez, en 1906, luego de servir de sede a una escuela, fue demolida. En nuestros días el Dr. Joaquín Villegas Suárez, descendiente del presidente Suárez, levantó frente a la plazoleta donde se alza el monumento (lugar donde se encontraba aquel mirador) una reconstrucción adaptada del mismo.

No podía faltar en Bella Vista la aureola de un amor romántico. En una de esas quintas pasearon su pasión Juan Carlos Gómez, poeta, político, periodista, hombre de sentimientos ardientes, auténtico romántico, y Elisa Maturana, una adolescente de 17 años.

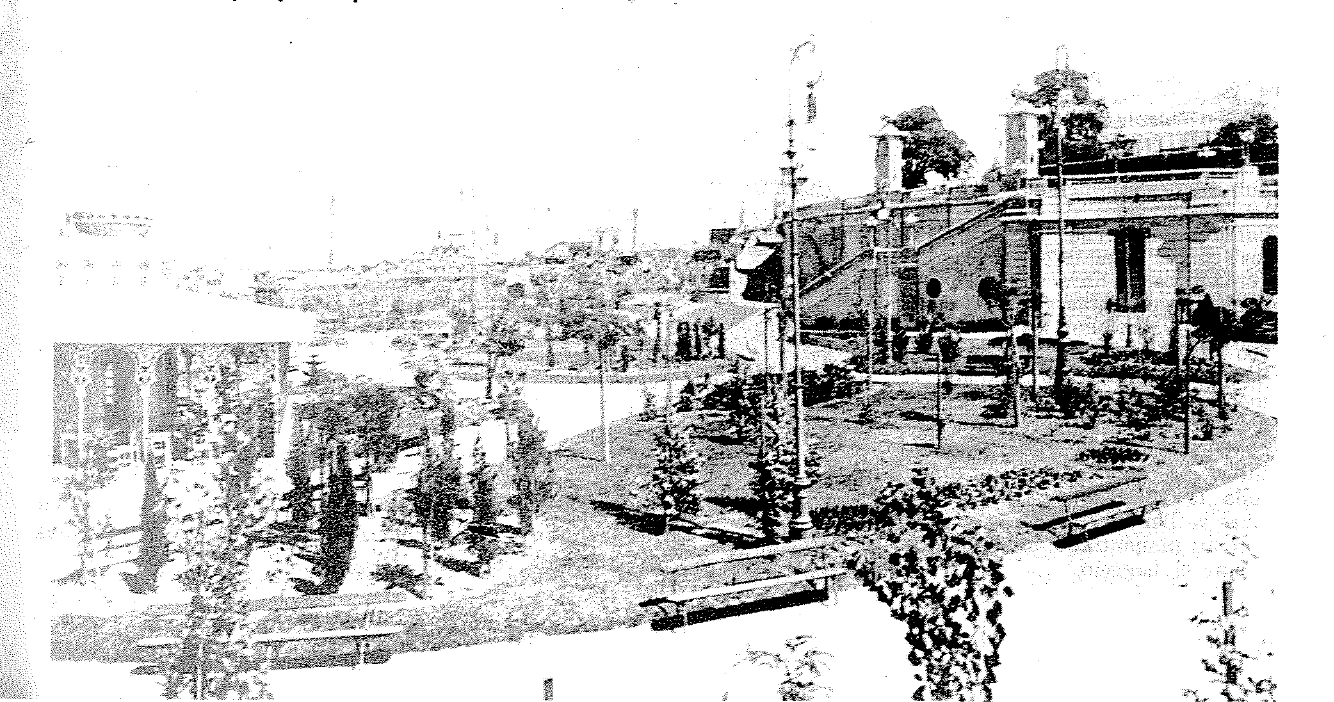
La quinta de Felipe Maturana, situada en el camino al Paso del Molino, en lugar cercano a la actual esquina de Agraciada y Bulevar Artigas, es descrita así, en 1841, en oportunidad de su venta: "El edificio es hermoso, grande, contiene 20 habitaciones en muy buen estado, 14 cuadras cuadradas de terreno, 2 cocheras, un gran corral, con un galpón seguro para guardar animales, un gran palomar, un rico y costoso jardín con las mejores plantas y flores conocidas, cercadas de una balaustrada de fierro y de gran portada."

El romance fue deshecho por el exilio de Juan Carlos Gómez. Elisa Maturana fue desposada por un ministro de Oribe, también poeta y periodista, el Dr. Carlos Gerónimo Villademoros, y murió durante el largo ostracismo de Gómez.

El 1º de enero de 1869 fue inaugurado el primer sector de vía firme de los ferrocarriles, por la compañía formada con capitales uruguayos por el emprendedor y diligente español Senén M. Rodríguez y presidida por Daniel Zorrilla. Comenzaba en Bella Vista, hoy estación "Dr. Lorenzo Carnelli", y terminaba en Las Piedras. Era un tramo muy pequeño pero anunciaba un futuro desarrollo de imprevisible potencia. El 1º de abril de 1872 se cumple la segunda etapa y el trazado de las vías llega a Canelones.

La llegada de los barcos negreros con su triste carga humana a la ciudad de Montevideo significaba siempre un peligro por las enfermedades que traían los esclavos. Fue por eso cuando, en 1787, al saberse el próximo arribo de buques negreros de la Compañía Filipinas, el Cabildo montevideano previno al apoderado de aquélla que buscase un sitio donde cumplir la cuarentena. La compañía así lo hizo y para ello construyó en una manzana de terreno, cinco piezas, dos grandes almacenes y otras viviendas techadas de teja y rodeadas por un muro para albergar a los desgraciados negros venidos en las infectas bodegas de los barcos. El establecimiento, que según el Arq. Carlos Pérez Montero se encontraba contiguo al actual Parque Capurro, en la esquina de las calles Capurro y Gutiérrez, sirvió hasta principios del siglo XIX como lugar de depósito para los negros arrancados del

Otra vista del parque Capurro en 1912, con su paramento con balcón hacia el mar.



África. El sitio de Montevideo de 1811 a 1814 redujo a ruinas las construcciones. El nombre de Caserío de los Negros persistió por largo tiempo, aunque las malezas y las inclemencias del tiempo fueron devorando las viviendas.

Al igual que en La Aguada, en las orillas de la playa Capurro, más alejada de la ciudad y como aquélla también tendida dentro de la bahía, existían manantiales de agua pura y fresca. Estos manantiales de Juan Bautista Capurro, propietario de dichas tierras, se hicieron presentes en momentos verdaderamente angustiosos para la ciudad de Montevideo. En 1866 el flagelo de la sequía se abatía sobre la capital uruguaya. No llovía desde fines del invierno y los aljibes iban quedando, uno a uno, exhaustos. Algunos vecinos generosos ofrecían "hasta dos baldes de agua a los que los manden buscar a casa", como Antonio Martorell. Pero esto no bastaba y el espectro de la sed se iba haciendo cada día más visible en el dramático panorama urbano. Entonces las autoridades municipales acuden a los manantiales de Capurro para paliar la carencia. La llegada de los carros aguateros provocaban verdaderos motines de gente enardecida. Ante estas escenas de violencia el Sr. Juan Bautista Capurro ofrece al Municipio un servicio de agua desde sus manantiales, mediante la instalación de cañerías. Pero antes de perfeccionar este contrato llega el agua, y con la lluvia se soluciona naturalmente toda la anterior angustia, los aljibes se llenan y Capurro se queda con sus manantiales, sin poder concretar el negocio.



Donde antes era cita de la elegancia y las faldas largas, hoy un solitario y desaprovechado teatro de verano es testigo de los paseos de parejas en un ambiente recogido y silente.

Cuando el tranvía de caballitos llegó a la playa Capurro, le dio un toque mágico al lugar y lo convirtió en balneario. Los bullangueros contingentes de Montevideo que llegaban allí domingo a domingo, consagraron un nuevo sitio de recreo.

Fracasada —a causa de la tremenda crisis financiera que se produjo entre 1886 y 1890— la idea del Ing. Juan Alberto Capurro de levantar el "Gran Balneario Playa Honda", concretada en 1887 con la organización de una sociedad, la voluntad popular le da en 1900 un bautismo definitivo, al asegurarse las instalaciones balnearias.

Luego viene el tren eléctrico y en 1910 nace un parque con escalinatas, jardines, pista de patinaje, murallones y otras obras que confieren al lugar un sello distinguido y le infunden intensa vida social. Esteban Elena fue el alma máter de la empresa y el técnico italiano Juan Voltrini su realizador.

Hoy Capurro es un rincón silencioso. Donde paseaban los elegantes de antaño, sólo hay paz, rumores de hojas secas en otoño y dorados atardeceres en verano. Su ciclo brillante fue eclipsado hacia la década de los años 30, por los balnearios del este de Montevideo en creciente desarrollo.

Mientras Capurro duerme en la quietud de su parque, Arroyo Seco y Bella Vista tienen intensa actividad fabril y sirven de depósito de los frutos del país que aguardan en barracas su embarque al exterior. Entonces, cuando llegan los días de fiesta ambos barrios descansan, mientras desde la descuidada terraza del Parque Capurro —que al igual que su desaprovechado teatro de verano deben ser reconquistados por el pueblo—, se sigue ofreciendo, en lugar dominante de la bahía, un sereno y atractivo balcón.

Desde el simbolismo del bronce de Pratti, inaugurado el 22 de febrero de 1963 en el barrio Bella Vista, el Libertador general José de San Martín cabalga vencedor por las armas dirigiéndose hacia la Plaza Mayor de Lima, "con firme intensión de coronar un sueño largamente acariciado."

EL PRADO Y ATAHUALPA: EVOCACIONES MELANCOLICAS

La historia inicial de los que luego fueran rincones floridos y silenciosos, aptos para el descanso de los quehaceres urbanos, se inicia con las chacras de los primeros agricultores, que abastecían con hortalizas, cereales y frutas, las necesidades del Montevideo hispánico.

El arroyo de los Migueletes figura en documentos montevideanos de la época en que el capitán Pedro de Millán fijó los límites de propios que circunvalaban la ciudad.

Se dio el nombre de Migueletes, en Cataluña, a los fusileros de montaña, y posteriormente se continuó llamando así a los cuerpos improvisados con voluntarios en tiempos de guerra, que en su origen tuvieron más de bandidos que de soldados. Tomaron esa denominación de uno de sus primeros jefes, Miquelot de Prats o de Prades.

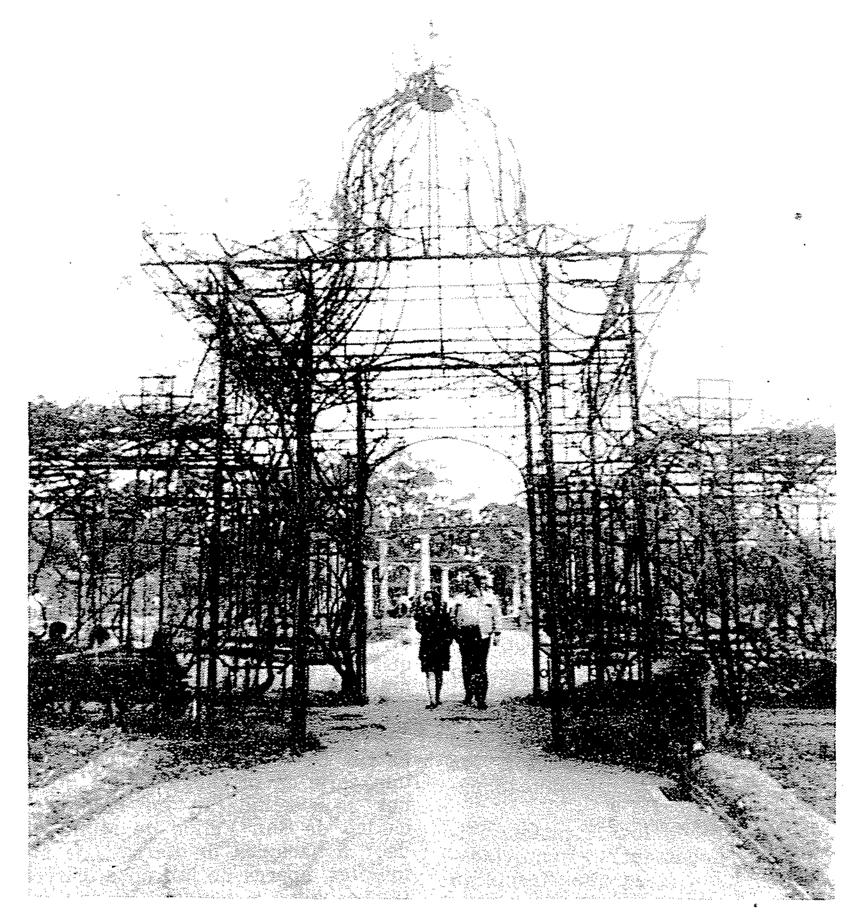
Dice el Dr. Rafael Schiaffino que en 1754 se creó la primera compañía de Migueletes de Montevideo; lo cierto es que el arroyo había ya recibido su bautizo oficial con ese nombre en 1727.

En la planta de la ensenada de Montevideo trazada en 1724 por Domingo Petrarca apareec señalado como un río de agua dulce, pero en otro mapa de la primera época de Montevideo, publicado por el Dr. Carlos Travieso en 1937, figura mencionado con el nombre "Río de los Voluntarios".

En nuestra opinión, el actual arroyo Miguelete debe su nombre a los "voluntarios" que engrosaron las filas de las fuerzas españolas para el desalojo de los expedicionarios portugueses de Freitas da Fonseca, establecidos en la península de Montevideo desde fines de noviembre de 1723. Recordemos que a esos efectos Zabala concedió amnistía general a esos delincuentes y desertores.

Bruno Mauricio de Zabala, con el fin de atraer brazos, concedió una serie de privilegios para quienes se avecindaran en la nueva ciudad de San Felipe de Montevideo: donaciones de tierras, de simientes, aperos de labranza, carretas, caballos y ganado. El capitán Pedro Millán había comprobado ya la excelencia de los predios regados por el arroyo Miguelete. Y hacia allí marcharon los agricultores iniciales, con el caballo y las armas prontas para ahuyentar a los indios minuanes que periódicamente aparecían por los alrededores.

Los comienzos fueron muy modestos. Sin embargo, sesenta años después el benemérito presbítero Pérez Castellano escribía en su conocida carta a su maestro de latinidad, fechada en 1787, que "son abundantes las legumbres que da



La vieja rosaleda del Prado. ¿Cuántas parejas de enamorados habrá visto pasar en sus idas y venidas?

el país", pero "nada es comparable a la abundancia de hortalizas que se cultivan todo el año..." "Las arboledas se cultivan con orden, primor y buen gusto..." "El arroyo de Cuello, el de Toledo, el del Cerrito, y sobre todo el Miguelete, están llenos de arboledas frutales y son el teatro en que estos nuevos colonos manifiestan su industria."

El Dr. Pérez Castellano había adquirido su propia chacra en 1773. En ella levantó su casa de material con una azotea flanqueada por dos grandes ombúes. Pero lo importante es que allí hizo sus experiencias agrarias y allí también redactó, a pedido del gobierno de la Provincia Oriental, regido por Artigas, sus famosas "Observaciones sobre Agricultura" que escribió entre julio de 1813 y una fecha posterior a enero de 1814.

El padre y la tía de Pérez Castellano (María del Cristo Pérez de Sosa, casada con Manuel Durán) tenían también una floreciente chacra. Las hijas de ésta dieron con el correr del tiempo el nombre de Paso Real de las Duranas al vado que atravesaba el Miguelete en aquella chacra.

En la zona del Miguelete se reflejaba, como en una pantalla vegetal, la marcha de la República. Cuando las épocas eran prósperas crecían sus árboles, resplandecían sus frutos, lucían sus hortalizas. Cuando los tiempos eran aciagos, como consecuencia de las gestas de la independencia y las posteriores luchas contra los portugueses y brasileños, los árboles eran arrasados, las sementeras se perdían, los cultivos eran pisoteados por las tropas.

El empuje decisivo fue dado en los años del Sitio Grande. Al instalarse Oribe en el Cerrito, en 1843, familias blancas de Montevideo abandonaron la plaza y se instalaron en sus chacras y en sus quintas, levantando nuevos edificios o restaurando los antiguos. Una vez finalizada la Guerra Grande las familias refugiadas en el Miguelete volvieron a sus residencias montevideanas, pero ya no abandonaron la costumbre de pasar, durante los meses de estío, largas temporadas entre sus parques, llenos de árboles corpulentos y flores perfumadas.

Esta tradición de prestigio social perduró hasta las postrimerías del siglo XIX. Las deliciosas páginas que José Pedro Bellán ha dedicado al Prado evocan vivamente aque-

lla existencia serena que exaltaba los valores de la vida contemplativa.

El Prado de hoy vibra silenciosamente ante los testimonios edilicios y forestales dejados por el amor a la naturaleza del financista y hombre de negocios francés José de Buschenthal. Llegado a Montevideo en 1849 para desarrollar actividades diplomáticas e incluso financieras, Buschenthal intervino activamente en la vida uruguaya. Una de sus obras más trascendentes fue su quinta, a la que denominó "Buen Retiro" y de la cual era director M. Lasseaux. Ambos, según el juicio de Mariano B. Berro, fueron los que formaron en nuestro país, conjuntamente con Margat, el verdadero gusto artístico y la afición por la arboricultura, horticultura y floricultura.

Allí, en un área de 83.825 varas de terreno, equivalentes a 61.852 metros y fracción, levantó su residencia, su parque, su jardín y su cabaña de animales de raza —Buschenthal también trajo los primeros ejemplares de la raza Durham— y plantó legiones de hermosos árboles, que aun hoy cantan al viento su frescura. Cuando se remató en 1872, la quinta fue adquirida por Adolfo del Campo, quien la denominó "Prado Oriental" y la libró al público en 1873.

Sobre el núcleo básico de las obras edilicias y los plantíos realizados por Buschenthal, surgió el esplendor del Prado. El gobierno lo expropió en 1889 para dedicarlo a paseo público y nuevas expropiaciones le dieron su fisonomía actual al agregársele las quintas de Morales y la de Agustín de Castro. En 1902 se crea el Jardín Botánico y en 1912 la Rosaleda, ambos concebidos y realizados por el ingenie-

Una idílica imagen de amorosas confidencias, en un rincón umbroso bajo los árboles del Prado, corazón verde de Montevideo.



ro paisajista y horticultor francés Carlos Racine, quien rigió por mucho tiempo la Dirección de Paseos del municipio montevideano.

Decía un cronista en 1912, refiriéndose al Parque del Prado, que "en las tardes de verano largas hileras de carruajes y automóviles, llevan a través de las magníficas avenidas del parque a las beldades de la ciudad, escoltadas a caballo ó en ligeros coches de guiar, por sus admiradores del sexo fuerte."

En el Recreo del Prado, que había surgido en el local de una de las residencias de Buschenthal, el Ing. Gardelle construyó, en 1912, el Restaurante Municipal. En la casa señorial que fuera de Raffo, García de Zúñiga y Morales, se abrió al público, en 1935, el Museo Municipal "Juan Manuel Blanes". En otra soledosa quinta se desarrolló el idilio de cuatro décadas entre Elvira Reyes y Julio Herrera y Obes. Pero además están los locales de la Asociación Rural del Uruguay, sede de certámenes ganaderos y de clásicas domas, el Instituto Militar de Estudios Superiores, los Institutos Normales, canchas deportivas.

El chalet de Fynn, ejemplo de exotismo chino en las suntuosas residencias del Paso del Molino, en la segunda mitad del pasado siglo.



La zona del Prado conserva hoy su antiguo prestigio. Bajo sus venerables árboles o muy cerca de ellos se albergan monumentos y estatuas como La Diligencia, la Fuente Cordier, El Peón de Estancia, el grupo Indios Charrúas, a María Eugenia Vaz Ferreira, a María Stagnero de Munar, a José Arechavaleta, a Carlos María Herrera. Silencio, paz y flores, hacen propicio su ambiente para el ensueño y la meditación.

En 1868 una sociedad anónima, denominada Fomento Montevideano, decide fundar un núcleo de población en los terrenos de Estomba, frente a la capilla Jackson, que recibió el nombre del Inca que reinaba en el Perú al tiempo de la conquista.

La piedra fundamental de Atahualpa fue colocada por el presidente de la República general Lorenzo Batlle; en derredor de la antigua quinta del sabio sacerdote Dámaso Antonio Larrañaga, donde luego surgió la residencia de don Alejandro Gallinal, se nucleó un centro de casas amplias, rodeadas de vastos y umbrosos jardines.

En la actualidad el Prado y Atahualpa forman una unidad casi indisoluble. Ambos comparten el prestigio de haber sido cuna o re-

MAGGI Y EL PRADO

Entrar al Prado es internarse en el principio del siglo, es estar más atrás que nosotros mismos, es comprobar nuestra primera forma de desaparición: el no haber nacido todavía.

La ciudad se esfuerza y apresura, trabaja; el Prado, en cambio, se demora suavemente. Por eso, mientras nosotros nos vamos desviviendo, sorbidos por las peripecias, el afán o la esperanza, el Prado vive con tranquila avidez todos los instantes del día y llega a poseerlos, a depositarlos sobre sí mismo.

Nosotros no nos damos a vivir porque tenemos que hacer, nos apura una gran prisa por construir y tener objetos, por concebir abstracciones, por olvidar con precipitación nuestros motivos de angustia. Esas altas arboledas, en cambio, y sus bichos elementales y hasta los yuyos y el césped, viven golosamente y nada hacen por apartar de su conciencia la propia muerte insignificante, la ignoran simplemente; la muerte no existe para ellos y por consiguiente, hasta su último momento de vida por lo menos, todos esos seres son inmortales.

El Prado está hecho para consolarnos de una gran tristeza. Como las casas antiguas, se compone de gracia y de melancolía. El Prado cae al alma como una lágrima cursi, pero adolescente.

El Prado es para pensar en algo que se perdió hace mucho y, aunque no se sabe bien qué era, está doliendo no tener más ese algo. El rosedal. el crepúsculo, tal vez el lago bruñido aún o el pequeño puente, la sombra transparente de los grandes árboles, el aire tan serenado y claro, todo invita allí a contemplar lánguidamente un libro y a sonreír, a sonreír inmóviles como el tío Deolindo desde el cartón borroso de aquella foto.

Si un cementerio no fuera un lugar de supersticiones y miedo y mal gusto; si un cementerio se limitara a ofrecerle tierra a nuestros muertos y a nosotros una extensión de nostalgia y recuerdo; un lugar donde el tiempo decantase su tristeza; si un cementerio fuera algo hondo y dulce, el Prado sería como un cementerio, porque se parece a la sonrisa de una hermana muerta.

Carlos Maggi
(gardel, onetti y algo más, 1967)

sidencia de hombres ilustres, como Vaz Ferreira y Julio Herrera y Reissig. Ya muy lejano aquel día de fines de 1888, en que en "breacks", en victorias, en cupés, en landós, en americanas o en humildes jardineras o "birloches" acudieron unas 30.000 personas al entonces llamado Prado Oriental para ser protagonistas de las tan famosas como populares romerías españolas, hoy ambos continúan siendo, aunque con muy disminuida intensidad, paseo soleado de los domingos, rincón remansado de los barrios aledaños.

PASO DEL MOLINO, NUEVO PARIS Y BELVEDERE: TEMPRANA INDUSTRIA, VIEJAS MEMORIAS

No se sabe cuándo se inauguró el "Molino de San Antonio de Padua", cuyas tierras solicitara al Cabildo montevideano, en 1747, el padre jesuita Cosme Agulló. El decreto aprobatorio establecía que "dicho terreno ha de ser el que está entre el arroyo de los Migueletes y otro arroyo que está por la parte del Sureste [el llamado Morales]... y su frente ha de ser por donde atraviesa el camino del Paso Real." Lo cierto es que amarillentos papeles de 1756 aseguran que por ese entonces ya estaba "en ejercicio".

El Camino al Paso del Molino se convirtió en 1866 en el Camino de la Agraciada, actual Avenida que hoy salva con un demorado viaducto, inaugurado el 19 de junio de 1970, la vía ferroviaria. Este puente ha ocasionado últimamente, junto con la crisis de



Perspectiva del Paso del Molino a principios del siglo XX. (De la colección fotográfica de Alberto Monegal.)

la industria frigorífica de la zona cercana, el deterioro del comercio, hasta hace pocos años floreciente, del Paso del Molino.

El edificio del mencionado molino de agua estaba situado próximo a la esquina de las actuales calles Uruguayana y Zufriategui, y en su mismo terreno se construyó una tahona y un horno para la fabricación de ladrillos.

Un nuevo núcleo de población ya estaba en marcha y adquiriendo fisonomía independiente; pues aunque el molino sólo funcionó regularmente hasta 1767, año de la expulsión de los jesuitas, ya el pequeño corazón demográfico de la zona latía con vida propia.

Francisco Antonio Maciel, además de ser capitán de voluntarios, Juez Diputado, comerciante de esclavos y Padre de los Pobres, fue muchas cosas más. En 1771 abre un matadero en los proximidades del arroyo Miguelete, a la derecha del camino, que hacia 1788 se transforma en fábrica de carnes saladas, tasajo y sebo. En esa época era asentista de víveres de la Real Armada de Montevideo. Luego, hacia 1797, edifica una capilla, la rodea de árboles exóticos e instala un criadero de ranas y extrañas aves de ambos mundos.

La capilla tendría luego un significativo destino histórico. En diciembre de 1813 sesiona en ella el Congreso de la Provincia Oriental presidido por Rondeau, del cual surge la Primera Junta Gubernativa del país.

En su "Diario de Viaje de Montevideo a Paysandú" el presbítero Dámaso Larrañaga dejó una inte-

resante crónica sobre la zona. Quince años después —el 18 de julio de 1830—, reunidos con los ciudadanos de la primera sección de extramuros de Montevideo en la casa del juez de paz del Miguelete, prestaría solemne juramento a la Constitución del naciente Estado Oriental del Uruguay.

El 15 de junio de 1849 se inauguró en la margen izquierda del Miguelete la Capilla de la Concepción en un terreno donado por Felipe Estavillo. Fue mandada vender por el Gral. Manuel Oribe y hoy se conserva casi íntegra, salvo algunas modificaciones en su frente, que da a la ex - calle Iglesia, hay Pablo Zufriateguy.

Cerca de esta capilla se hallaba la quinta del Brigadier General Manuel Oribe, situada en los terrenos que luego fueron ocupados a fines del siglo XIX y principios del XX por el Campo Eúscaro, sede de famosas romerías anuales. La Capilla del Paso del Molino guardó por algún tiempo los restos de Oribe, custodiando así la memoria de su fundador.

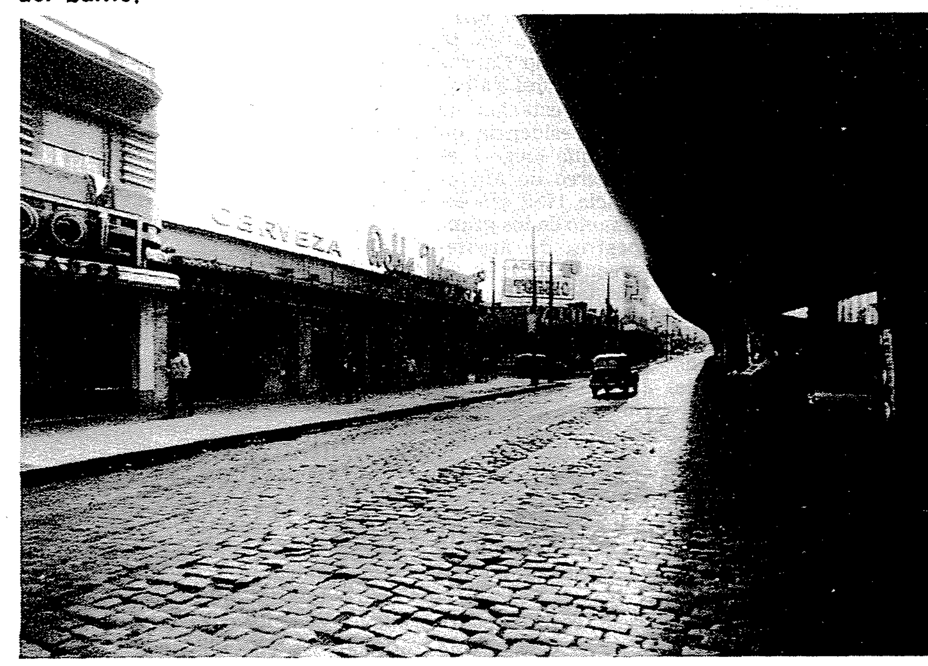
Hasta mediados del siglo pasado el vado del Miguelete constituía un obstáculo serio, sobre todo en las épocas de grandes lluvias y crecientes. Algunas pasarelas de tablas permitían, en las partes estrechas, el paso de los viandantes. Pero la carencia de un puente impedía, en ocasiones, el tránsito de vehículos. Con el objeto de construirlo se constituyó en 1857 una sociedad formada por vecinos prominentes. Surgió así el primitivo puente de cal y canto, subvencionado por el siguiente peaje, que también sufragaba la calzada de Arroyo Seco: por cada rodado vacío o cargado, de ida y vuelta, en el día 60 centésimos; por cada jinete (una vez al día): 20 centésimos; por cada animal vacuno, equino o mular: 10 centésimos; por cada cerdo o lanar: 5 centésimos.

El peaje se cobraba ya en el puente del Paso del Molino, ya en la calzada del Arroyo Seco.

A mediados de 1861 el francés Perfecto Giot y su hijo fundaron un establecimiento ganadero en el predio del antiguo saladero de Lapuente, cercano al Paso del Molino, camino de Las Piedras, introduciendo al país los primeros carneros y ovejas Merinos Rambouillet y Merinos Rambouillet Negretti.

La línea de tranvía al Paso del Molino comenzó a prestar servicios el 30 de agosto de 1869. Decía un cronista de la época que el viaje inaugural, que insumió 40 minutos de marcha, fue abundante en peri-

La mole del viaducto del Paso del Molino enmarca la zona comercial del barrio.



pecias. El coche descarriló varias veces pues los caballos, novicios en la tarea, no querían seguir adelante, "emprendiendo una musicata de coces, que no había poder humano que los sugetase". El puente resistía bien las grandes crecientes, pero durante la famosa inundación del 26 de marzo de 1895, cuando cedió el muro de contención, un tranvía de caballos fue arrastrado con su mayoral y guarda por las aguas desatadas, que ahogaron hombres y tiro.

La estación Yatay dio impulso al Paso del Molino. Su primitivo emplazamiento en el que fuera paso a nivel de la Av. Agraciada identificaba el paraje, conocido en la época (1869), según Alonso Caprario Bonavía, por la plaza del Yatay.

Frente a la actual estación se encontraba la lujosa residencia de Narciso del Castillo, que luego fuera conocida como recreo de Madame Beauzemont. Hacia 1783 era éste considerado como uno de los grandes centros campestres de Montevideo, juntamente con el Recreo de la Aguada, la Quinta de las Albahacas y el Recreo del Cordón.

En 1890 el Paso del Molino ya constituía una de las más importantes localidades de Montevideo. Muchas calles se habían abierto y continuaban los trabajos para la apertura de otras. Magníficos edificios y quintas espléndidas embellecían el ámbito. Brillantes reuniones sociales se llevaban a cabo en sus elegantes chalets. Era el punto obligado de veraneo de la sociedad montevideana.

Como siempre se escribe sobre las quintas que en esa época tenía el patriciado montevideano en el Paso del Molino sin citar nombres, daremos a conocer algunos de ellos: Farini, Vilaza, Fynn, Victorica, Bastos, Montero, Moratorio, Illa, Aurelio Berro —cuyo chalet ya era sede entonces de la legación de la República Argentina—, Eduardo Zorrilla, Morales, Paullier, Cardoso, Iglesias, Tajes, Montero, Casaravilla y Vidiella. Residían habitualmente en dicha localidad las familias de Frávega, De María, Salvo, Buxareo, Castellanos, Bélinzon, Suárez, Lavandeira, Lussich, Maeso, Ramírez, Stewart y Reyes, entre otras.

En el 1899 los hermanos Salvo instalan en un vasto terreno abastecido por las aguas del Miguelete una fábrica de tejidos llamada "La Victoria". Las máquinas habían sido traídas desde Italia y los primeros artículos fabricados fueron frazadas, rebozos, ponchos, tartanes y gruesos paños de lana. Al fusionarse en 1900 con la fábrica "La Nacional" de los Hnos. Campomar y Compañía surge la firma "Salvo, Campomar y Cía.", que empieza a fabricar casimires. Un año después se realiza la primera exportación al exterior, consistente en 5.000 m. de paño adquiridos por el gobierno argentino. Otros notables establecimientos industriales y comerciales, establecidos posteriormente, serían importante fuente de trabajo para la zona y vigorosos fundamentos para la economía del país.

Nuevo París, fundado en 1869 por el Ing. Demetrio Ísola, se halla al norte del Paso del Molino, sobre la ruta que conduce a Santiago Vázquez, pasando la cuchilla de Juan Fernández, hoy poblada densamente. A fines de siglo se habían levantado en sus alrededores numerosas curtidurías —hacia 1884 funcionaban once— que proporcionaban trabajo a la mayoría de sus habitantes.

Belvedere, como su nombre lo insinúa, corona la cresta de la cuchilla. Fue iniciado entre Nuevo París y Pueblo Victoria en abril de 1892 por Francisco Piria, que tenía allí su residencia de verano.

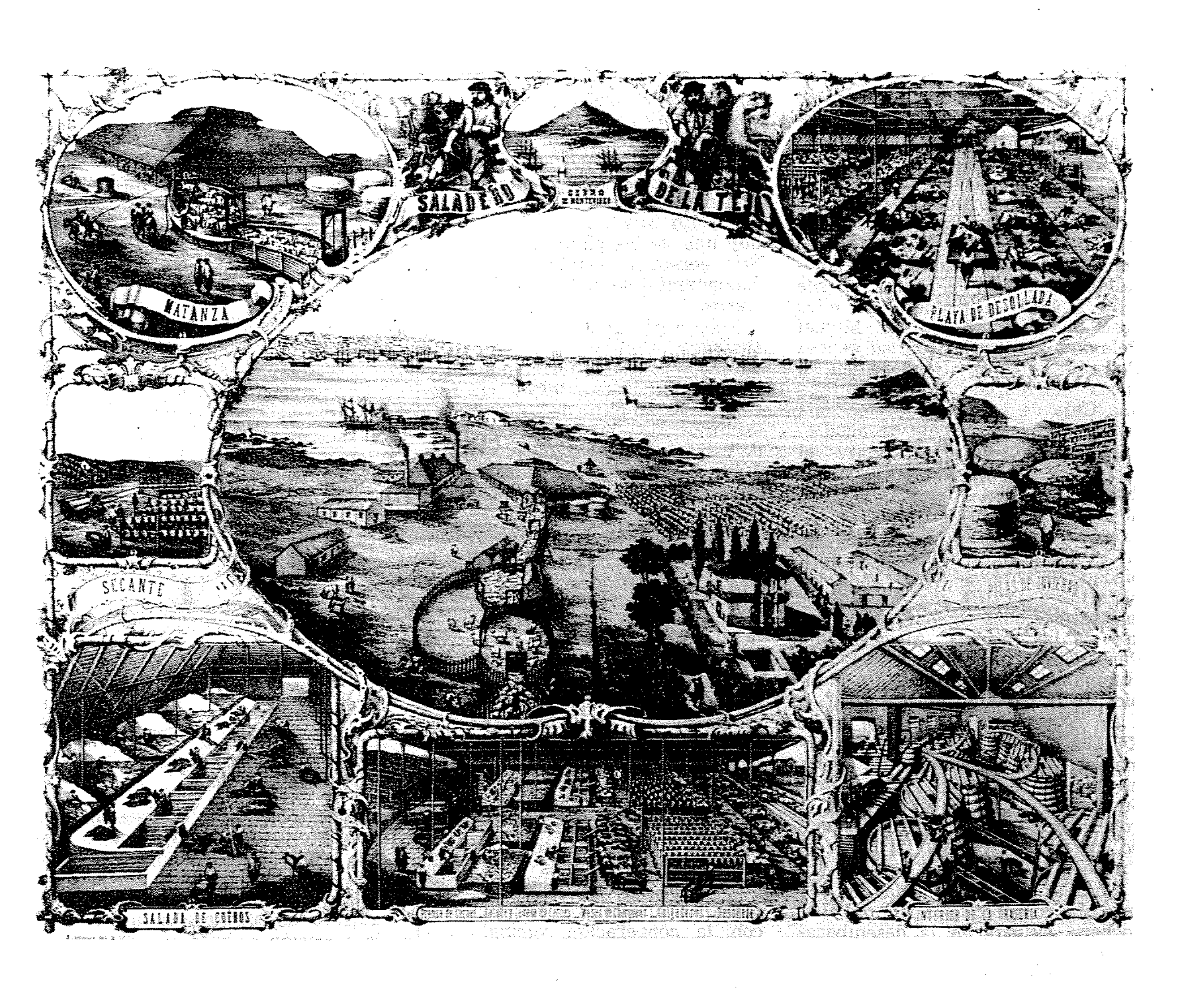
PUEBLO VICTORIA (LA TEJA): ESCENARIO DE COMPLEJOS INDUSTRIALES

El arroyo Pantanoso divide en dos sectores la zona contigua a la bahía. En la margen derecha empiezan a trepar lentamente las calles que llevan al Cerro; en la izquierda se tiende, empinado sobre una loma y asomado a la bahía, el Pueblo Victoria.

Al arroyo se le conoce en los primeros tiempos de Montevideo con diversas denominaciones, que son registradas en planos de la época: Río de Montevideo, Río Colorado, Arroyo de Cuello, Arroyo Chico y Río del Cerro.

En el reparto de tierras hecho por Millán en 1730, Marcos Velazco y José Rodríguez fueron favorecidos con las chacras situadas al sur de la actual Av. Simón Martínez, ruta cuyo trazado sigue aproximadamente el del primitivo Camino al Paso de la Arena. El sobrante de tierra que restó luego de donada la última chacra, entre Simón Martínez y el mar, se adjudicó a Manuel Bello.

Veinte años después estas chacras fueron adquiridas por la Residencia de la Compañía de Jesús, que formó así la llamada "Chacra de Jesús María", que se extendía



Saladero de Lafone, en La Teja, en la 2ª mitad del siglo XIX. Hacia 1863 tenía unos 200 empleados y era el mejor de América del Sur. (Litografía de A. Héquet y Cohas.)

entre el Miguelete, el Pantanoso y la bahía. Todas las tierras que integran el actual Pueblo Victoria están comprendidas dentro de aquella propiedad.

Luego de la expulsión de los jesuitas, la "Chacra de Jesús María" y la del Paso del Molino fueron vendidas por la Junta de Temporalidades a Marcos Pérez. Desde 1802 a 1821 la primera de ellas pasa a ser propiedad de Miguel Pelagay, al que hereda su esposa Petrona Lenguas. Pero ya en la época de Marcos Pérez figuraba una Caja de Lastre y se menciona una fuente que proveía de agua.

Posteriormente se instalará el varadero denominado "La Teja", denominación que distingue hasta hoy dicha zona y el barrio. Tal varadero se adquirió por el Estado en 1814, conjuntamente con la propiedad lindera, denominada también La Teja. El mal estado de las instalaciones conspiró contra el uso de las mismas. Al oeste del Pantanoso, "la Estancia del Rey eliminaba la posibilidad de cambios en la posesión de la tierra".

En las postrimerías del siglo XVIII, Miguelete y Pantanoso formaban una sola unidad, es decir, un "partido". En la nómina propuesta en 1799 por el Cabildo al gobernador, se designa comisionado de dicho partido a Manuel Freire.

En 1837 son denunciadas las tierras que comprende la isla del Bizcochero, situada en la desembocadura del arroyo Pantanoso y así llamada por haberse encontrado en la misma el cadáver de un popular vendedor de bizcochos. La isla es adquirida por Samuel Lafone, industrial inglés arribado al Plata en 1825. Prosiguiendo sus adquisiciones, Lafone compra en 1841 a Andrés de Cavaillón el Rincón de la Teja, de 189 cuadras cuadradas. Allí iba o instalar el emprendedor británico su establecimiento saladeril. En sus terrenos se levanta hoy una de las plantas de ANCAP. Su personal estaba constituido fundamentalmente por negros esclavos.

Poco antes de que el Gral. Oribe sitiara a Montevideo, a mediados de 1842, quedaba terminada sobre la margen derecha del arroyo Pantanoso, al amparo de un privilegio exclusivo de seis años, la fábrica de estearina y velas del francés Hipólito Dionnel. Las incidencias bélicas dieron por tierra esta empresa pero no pudieron restarle bríos al saladero Lafone, que continuó su carrera hasta convertirse en uno de los más prestigiosos del Río de la Plata. Hoy lleva su nombre la plaza lugareña.

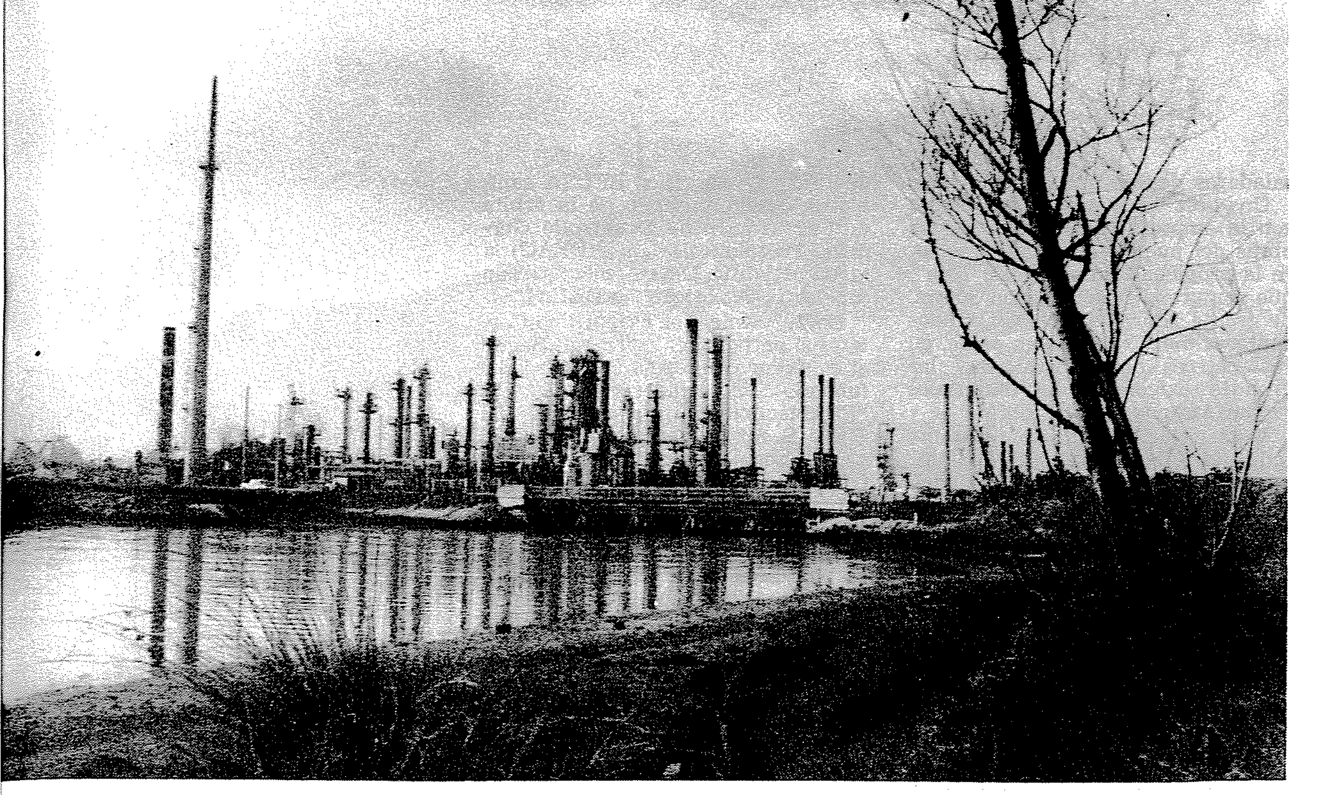
Fue precisamente en un terreno de Francisco Joanicó y Andrés Cavaillón, adquirido por Lafone, donde éste comenzó a levantar en 1842 el Pueblo de la Victoria. El área fundacional constaba de 122 manzanas de 100 varas con sus calles de 20 de ancho y una transversal de 30.

Al ponerse sitio a Montevideo, hacía cuatro meses que se había delineado el pueblo. Por ese entonces ya había cuatro edificios y se había proyectado la construcción de dos puentes: uno sobre el Miguelete, con la cooperación vecinal, y el otro sobre el arroyo de Cuello, con lo que se esperaba acelerar el incremento de las poblaciones del Cerro y Victoria.

Un informe del alcalde de la zona, escrito hacia 1848, revela que por entonces había en la zona un solo preceptor con cuatro alumnos. Como se puede apreciar, el panorama cultural era desolador.

Los cincuenta años que siguieron al sitio de Montevideo acentuaron la vocación industrial de la zona.

Hacia 1861 Samuel Lafone vende sus propiedades al Banco Mauá; son nuevamente compradas por Hope Lafone en 1866 y vendidas por el mismo en 1867 a la Sociedad La Teja.



Chimeneas de la planta de ANCAP en La Teja, que dan al paraje la fisonomía de un paisaje típicamente industrial.

En agosto de 1869 se registra una novedad en materia de transportes: el tranvía de caballos al Paso del Molino y al Cerro inicia su largo y lento itinerario, proporcionando a los pobladores del lugar, que aún eran escasos, un accesible medio de transporte.

Unos años después, en 1877, se funda la modesta escuelita rural Nº 11, que actualmente se ha transformado en la escuela urbana Nº 57 del Pueblo Victoria.

El incansable y ubicuo Piria adquiere en 1887 la isla del Bizcochero y compra las tierras adyacentes que constituyen la base del Pueblo Victoria; según datos de Von Brussel, en 1889 el pueblo tiene ya 4.500 habitantes. Ese mismo año se proyecta abrir un camino de tropas que facilitan el tránsito de éstas desde La Tablada hacia el Cerro.

Las obras del puerto modificaron los contornos de la bahía y la circulación de los barcos dentro de ella. Los saladeros, batiéndose en retirada ante la próxima instalación del frigorífico, levantan sus últimos reductos en los alrededores de la zona, a la margen derecha del Pantanoso: el de Rosauro Tabares, que dio nombre a la curva del lugar, sustituye al de Piñeyrúa, y se funda el de Paulet, más al norte. Aun más al norte, a la vera de la margen izquierda del Pantanoso, existieron anteriormente los

saladeros de Machado y de Viñas.

Una vez finalizado el contrato con la empresa constructora de las obras del puerto, el Estado adquiere la propiedad llamada "La Teja", que comprendía 26 hás. con 800 m. de frente sobre la bahía. Grandes canteras muestran aún en parte, en sus pétreas heridas abiertas, las grandes exigencias de materiales requeridas por aquella obra.

La zona del Pantanoso tiene una tenue vida comercial por el 1913: hay entonces doce hornos de ladrillos, una fábrica de almidón, dos tambos y una carpintería. El arroyo, lento y maloliente, se continúa dragando; en 1913 se realiza un contrato con el Ing. Víctor Sudriers para terminar dicha operación. Cuatro años después queda terminado el puente, de superestructura móvil, que sustituyó al primitivo de madera.

En 1928 se funda el Frigorífico Nacional. Al comienzo de sus trabajos se instala en el local de la clausurada Frigorífica Uruguaya. Luego construye edificios propios en La Teja. Poco dura allí. En 1934 esos terrenos son adquiridos por la recién constituida ANCAP. Se trasladará luego al Cerro, donde ocupa un predio más allá del barrio obrero Casabó.

Ya hacia 1915 se había instalado en la margen derecha del Pantanoso el Frigorífico Artigas, asociado a las poderosas firmas de Armour y Morris & Cº, que luego de cerrar pasó en 1958, junto con el Swift, a integrar EFCSA, inicialmente con dirección y administración en manos de sus obreros y empleados, asociados en forma cooperativa. Según noticias periodísticas, a principios de este año de 1971, el frigorífico EFCSA cambió de dueño, pasando de la órbita de Corporación de Desarrollo Germano Iberoamericano (DIBEAC) a la de Atlantic Development Group for Latin American (ADELA).

En 1950 inicia el Frigorífico Castro sus actividades como tal. Según el contador Guillermo Bernhard fue fundado como saladero en 1882. Los "Establecimientos Frigoríficos del Cerro S. A." lo compraron en 1965 y actualmente funciona como "Planta Victoria".

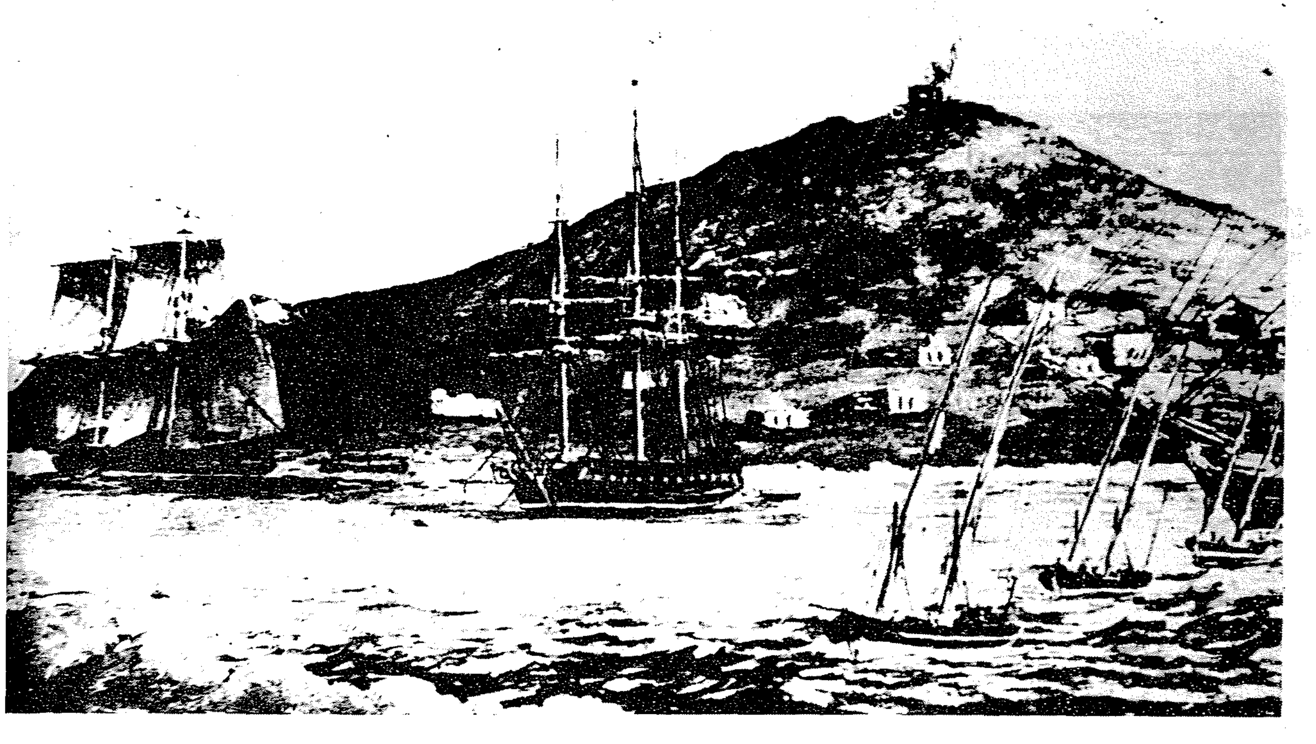
Las obras de ANCAP han dado a la zona la fisonomía de un paisaje típicamente industrial, cercado por un reciente anillo de viviendas entre las cuales se cuentan núcleos construidos por el Instituto de Viviendas Económicas. En 1956 fue habilitada la "Casa Colectiva Nº 7" de La Teja, con capacidad para 107 viviendas.

La vocación industrial de la zona se multiplicó. Lejos del ajetreo urbano surgió el humo de sus plantas fabriles y una población modesta y numerosa de obreros marginó estas sedes. Hoy, aunque los efectos de la reestructuración frigorífica se vuelcan sobre ella, sigue siendo importante sostén de trabajo y producción nacionales.

VILLA DEL CERRO: DE "PINACHULLO DETENTIO" A CRISOL DEL MUNDO

Luego de la llegada de Magallanes al Río de la Plata anotará Francisco de Albo en su Diario de Viaje: "...de allí adelante [desde el cabo de Santa María, hoy Punta del Este] corre la costa este oeste, y la tierra es arenosa, y en derecho del Cabo hay una montaña hecha como un sombrero, al cual le pusimos Monte Vidi; corruptamente llamado ahora Santo Vidio..."

Nacía así un topónimo que tanto ha desvelado a quienes han intentado desentrañar su significado. Entre ellos, Paul Groussac se inclina por la denominación primitiva de Monte del Santo Ovidio, un santo portugués que fuera obispo de Braga. Algunos de los historiadores que sostienen que el Río de la Plata fue descubierto por el portugués Juan de Lisboa en 1514,

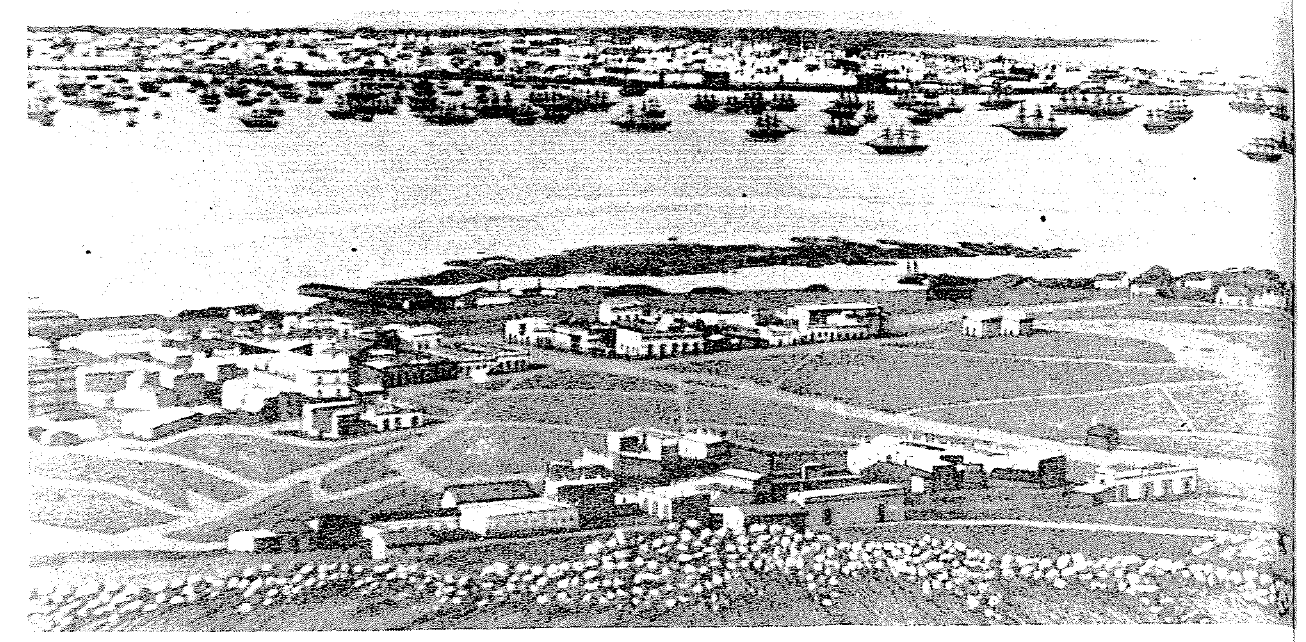


La Villa del Cerro. Sólo no más de una docena de desperdigadas casas en 1844. (Acuarela de Juan Manuel Besnes e Irigoyen.)

antecediendo al viaje del malogrado Piloto Mayor de España, Juan Díaz de Solís, acreditan dicha interpretación. Roberto Levillier, a su vez, considera que la primera denominación de nuestro Cerro fue **Pinachullo detentio,** asignado por Américo Vespucio (pináculo ante el cual se detuvieron sus carabelas, según aquel autor alrededor del 10 de marzo de 1502).

Pasan los años y en el 1531 arriba el portugués Pero Lopez de Souza quien escribe en su Diario de Navegación, el sábado 23 de noviembre, que "pasando adelante de la isla [de Flores] descubre un alto monte al cual le puse nombre —monte de San Pedro". Agrega, luego de haber subido al Cerro en dos oportunidades, que "no se puede describir la hermosura de esta tierra; son tantos los venados, gacelas, avestruces y otras alimañas del tamaño de potros recién nacidos y de su aspecto que el campo está todo cubierto de esta caza..."

A partir de la época en que Pedro Millán reparte tierras, en 1730, a los pobladores de Montevideo, las tierras situadas sobre la margen derecha del Pantanoso constituyeron la "Estancia de la Caballada del Rey", de dominio fiscal, lugar destinado, fundamentalmente al cuidado, conservación y cría de équidos para el servicio real. Estos vastos campos que se extendían por el Pantanoso, Las Piedras, Santa Lucía y el Río de la Plata, serían otorgados en 1814 por el Director del Estado don Gervasio Antonio Posadas a su entonces Ministro de Guerra y Marina, general Francisco Xavier de Viana.



El Cerro y la península montevideana en 1885. En la bahía numerosas embarcaciones se ven sobre sus aguas.

Una alta cruz en la cima del Cerro señalaba el lugar a los marinos de los barcos surtos en la bahía que se adentraban tierra adentro en procura de caza.

En 1802 comienza a funcionar el fanal erigido en el Cerro y ordenado por Real Cédula de 1799. Dos años después se instala en su falda el saladero de Miguel Antonio Vilardebó, al que se llegaba por mar o por un camino que costeaba la bahía.

En 1833 los sucesores de Viana vendieron sus tierras a Bertrán Le Breton y Cía. y a Miguel Martínez y Cía., ambos asociados, tierras que en menor extensión fueron adquiridas en 1835, por Juan Miguel Martínez, Francico Lecocq y Atanasio Aguirre.

Fue en la época, en 1834, que a solicitud de Antonio Montero, —y no Damián Montero, como se ha dicho y repetido—, quien pretendía levantar como negocio particular una población en la falda meridional del Cerro, el gobierno nacional resolvió fundar, durante el itinerario de Carlos Anaya, la "Villa del Cerro bajo la advocación de Cosmópolis", denominada así pues se esperaba que recibiera inmigrantes. El decreto de Anaya fue dictado el 30 de diciembre de ese año. Por esos días se dio principio al amojonamiento de las chacras de la futura Villa.

Con una punta de ironía la "Gaceta Mercantil" de Buenos Aires comentó que mejor sería llamarla "Angola", "en atención al gran flujo de inmigrantes de esa parte del África".

De la compulsa de los documentos de la época surgen datos que

confirman la distancia que mediaría, en la fundación, entre las intenciones y los hechos.

"El Universal" del 26 de junio de 1837 dice que "la fundación de la Villa del Cerro, que hasta hoy sólo existe en el nombre, y en cuyos solares se han empleado sin fruto miles de pesos, ocupa en estos momentos la atención de muchos propietarios para darle impulso y el fomento que merece su situación ventajosa y que reclama también las necesidades de una población creciente como la de Montevideo."

Los graves hechos militares que culminan con lo renuncia del presidente Oribe en octubre de 1838, y posteriormente la iniciación de la Guerra Grande, impidieron su desarrollo.

En 1841 el agrimensor Enrique Jones levanta un plano de la Villa, situada en campos de los mencionados Aguirre, Martínez y Lecocq; con posterioridad el proceso de poblamiento adquiere mayor empuje, ya que hasta entonoces muy pocos edificios se habían levantado.

Fue precisamente en enero de 1841 que en la prensa se anunció la venta, "en el nuevo Pueblo del Cerro, de solares de una superficie de 12 ½ varas de frente y 50 de fondo al precio de 70 patacones; de 12 ½ de frente y 37 y medio de fondo, a 60 y otros de 12 ½ de frente por 25 de fondo, a 50". En cuanto a los terrenos situados en las esquinas de las calles, de 25 varas por ambos frentes, se ofrecían a cien patacones cada uno.

Existe una libreta escrita por J. Sandres, constructor de casas de la Villa, radicado en el Cerro en 1841. En ella el maestro de obras francés dejó una serie de valiosos apuntes sobre los costos de albañilería de aquellos tiempos y también sobre la vida doméstica entre el 50 y el 60. En una de las páginas se lee: pan, mensual, $ 0.98. Y en otra: junio, verduras, $ 1.02.

En 1843 la sociedad Stanley Black y Cía. adquiere terrenos que le permiten extender hacia el mar su saladero, levantado en tierras libres, "algunos con el objeto de dejar la calle que cuando la Villa del Cerro se formase" cruzarían dicho saladero.

En una acuarela del veraz y detallista dibujante Juan Manuel Besnes e Irigoyen sobre un episodio del sitio de Montevideo, pintada en el mediodía del 10 de noviembre de 1844, se puede apreciar en la falda del Cerro no más de una docena de casas. No es de extrañar que en 1846 el alcalde de la jurisdicción del Cerro informara que en su zona no existía ninguna escuela. En 1859 iniciará sus actividades una, la actual escuela Nº 29.

Un censo estadístico de la sección del Cerro levantado en 1852 arrojó la cantidad de 700 habitantes, de los cuales 325 eran extranjeros, 54 nacionales (de 14 años arriba) "y 6 negros".

En cuanto a sus viviendas, fueron censadas 45 casas de azotea, 30 con paredes de material y 112 ranchos de estanteo. Con relación al ganado existente en la sección, se registraron los siguientes guarismos: 832 haciendas vacunas costeadas, la mayor parte bueyes, 419 caballos, 80 yeguas, 139 mulas, 60 ovejas, 68 cerdos y 275 cabras. A su vez, el establecimiento de Francisco Lecocq, al cuidado de dos peones, tenía 200 animales de pastoreo. Finalmente, por lo que respecta a las industrias y comercios existentes, éstos fueron los datos obtenidos: 4 saladeros (los de Henrique Jones, Pablo Duplessis, que también tenía jabonería y velería, Manuel Gonzalves y Tomás Tomkinson), 12 negocios por menudeo, 2 fondas (las de Bernardo Anchordoqui y Juan Fialho) y 3 hornos de ladrillo.

Por decreto de 1867 se establece la nomenclatura de las calles del Cerro. Un diario de la época dice que sus nombres eran los de "veintisiete naciones, una confederación y una provincia de España".

En las faldas del Cerro se siguen instalando saladeros, cuyos muelles van marginando la bahía. En 1873 existían nueve, algunos de gran costo, que tenían un alto movimiento de matanza: los de J. R. Gómez. Jaime Cibils, Pedro Piñeyrúa, Tomás Tomkinson, Luis J. Anaya, Apestegui, Pauleti y Duplessis, Correa, Lemos y Cía. y Buther y Martin.

El 12 de febrero de 1878 el Poder Ejecutivo concedió la autorización para establecer una escuela práctica de agricultura por el término de seis años en la manzana número 109 de la Villa, destinada a plaza pública. Esta primera escuela agrícola autorizada oficialmente en la República, estimulada por José Pedro Varela, fue dirigida por el maestro de la escuela de varones del Cerro, don José María López.

En 1879 entraba en servicio el dique de carena Cibils - Jackson en Punta de Lobos, en la costa del Cerro. Era el más importante del continente y "permitía la entrada

de los buques de mayor tonelaje que cruzaban el Océano". Entraba en servicio después de haber insumido un costo global de un millón de pesos oro. En 1911 el dique se convirtió en "Arsenal de la Marina y Dique Nacional" al ser adquirido por el Estado.

Jaime Cibils y Puig, nacido en Cataluña y formado en Marsella, estuvo vinculado a Félix Buxareo, a cuyo servicio —y luego independientemente— efectuó grandes negocios de importación y exportación. Fuerte armador, creó una flota que desarrolló intenso tráfico con Europa, Brasil y Cuba. Levantó asimismo un saladero en Punta de Lobos, del cual se ha dicho que fue el primero que tuvo digeridores de hierro en su grasería, el gran dique de carena al cual nos referimos y un teatro que llevó su nombre, inaugurado en 1871 en la calle Ituzaingó casi Piedras. Presidió el Banco Comercial.

Su socio, Juan Dámaso Jackson era hijo de Juan Jackson, súbdito inglés, y de Clara Errazquin, uruguaya, emparentada con el presbítero Larrañaga. Heredó cuantiosa fortuna y dilatadas posesiones rurales. Su padre fue propietario de la antigua estancia jesuítica "Nuestra Señora de Los Desamparados", que tenía unas 41 leguas cuadradas de superficie. Integró Comisiones de Caridad y Beneficencia Pública, Presidió también el Banco Comercial y tuvo fuera de sus actividades agropecuarias, negocios de barraca. Estaba emparentado con Félix Buxareo. Jackson y Jaime Cibils integraron asimismo el primer directorio del Ferrocarril Central del Uruguay.

Los malos olores propios de los saladeros envolvían la atmósfera de la Villa del Cerro "con una ola pestífera". Su progreso era lento, a pesar de la intensa fuente de trabajo en la zona.

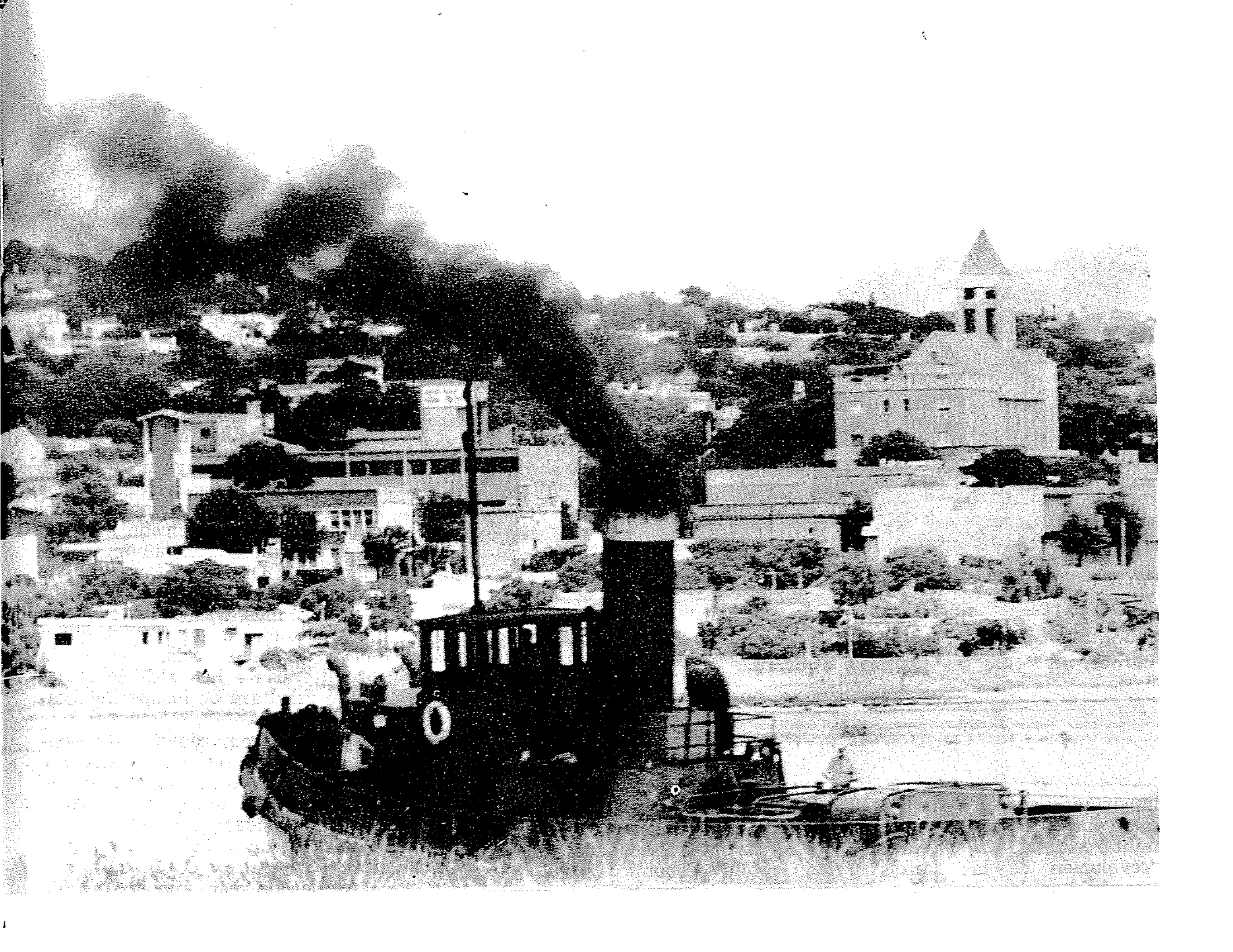
Dice Fernández Saldaña que su Comisión Auxiliar enumeraba en 1885, como mejoras urgentes de la localidad, un muelle oficial de pasajeros, alumbrado público, servicio de serenos, chapas de nomenclatura y arreglo de la única plaza pública. Calculábase que en toda la sección había unos 3.200 habitantes, casi todos "supeditados al trabajo que proporcionaban los once saladeros agrupados en la zona".

Las futuras obras del puerto influyeron para que la zona adquiriera cierta importancia. En 1890 visita la villa un periodista, que dice en su crónica: "Hace apenas cuatro o seis años, el Cerro era una localidad despoblada, sin más atractivo que varios edificios vetustos, y un centenar de ranchos habitados por las familias de los peones de los saladeros. Ahora existen allí soberbios edificios, chalets, buen número de casas de comercio, varios saladeros que constituyen el pan de cada día de millares de obreros, colegios donde se instruyen algunos cientos de niños de cada sexo, un club social [Recreativo Igualdad], etc., etc. Es bellísima la entrada a la villa; una calle larguísima, regularmente empedrada, a cuyos costados se levantan ora grandes barrancos, ora caprichosas quebradas, ora pequeñas lagunas y allá a lo lejos se divisa la bahía en cuyas aguas se mecen las embarcaciones."

En la época la Villa del Cerro tenía unos 8.600 habitantes y una intensa actividad industrial: además de sus nueve saladeros, una fábrica de lenguas conservadas propiedad del Sr. Mac Coll, otra de dulces, del Sr. Mongrell y dos barracas de carbón de la Sucesión Braga.

Posteriormente se instalaron nuevos saladeros como el de Duclós,

Perspectiva contemporánea de la Villa del Cerro, desde las márgenes del arroyo Pantanoso.



en 1902, y poco tiempo después un grupo de capitalistas uruguayos funda, en los predios adquiridos a los propietarios de los saladeros "18 de Julio", "San Miguel" y el de Punta de Lobos, el primer frigorífico uruguayo para la explotación de nuevos sistemas en la conservación de carnes. Se denominó "La Frigorífica Uruguaya" y dio comienzos a sus tareas en diciembre de 1904. En 1911 es comprado por una firma anglo-argentina que en 1929 arrendará sus instalaciones al Frigorífico Nacional.

El Frigorífico Montevideo se funda en 1911 y dos años después adopta el nombre de "Frigorífico Swift"; pertenece a un consorcio norteamericano. Faenará en gran escala. A su cierre definitivo pasó a propiedad de EFCSA (Establecimientos Frigoríficos del Cerro S.A.).

Finalmente, un recuerdo para la fortaleza. Fue mandada construir en 1808 por el gobernador Francisco Xavier de Elío. Su papel fue

y atrapado la atención del Uruguay entero, en horas de hoscas huelgas casi revolucionarias.

El Cerro tiene algo muy cosmopolita y algo profundamente terruñero: es una síntesis del Uruguay rural y del Uruguay urbano, una imagen simbólica del país, en el ruedo de una bahía universal.



Ganado vacuno en el Frigorífico Nacional. En la nueva política de carnes, un "ente testigo" que agoniza.

importante en la Guerra Grande, como punto de apoyo en operaciones militares. En 1870, en la llamada "revolución de las lanzas", fue tomada por los coroneles Salvañach, Leyera y Mendoza y los comandantes Veles y Carreras.

En 1916 una ley estableció que en la cumbre del Cerro se haría un parque público. Hasta 1929 no se fijaron sus límites. Y el 12 de octubre de 1939, la Fortaleza, incorporada a la heráldica nacional y también a la municipal de Montevideo, agregó en su ámbito un instituto de cultura, el Museo Militar, en cuya organización se venía trabajando desde tiempo atrás. En 1953 comienza a funcionar el liceo.

La Villa del Cerro tiene una enorme trascendencia en el desarrollo económico de la república. La industria saladera y frigorífica la eligió como máxima sede, dándole una fisonomía intransferible.

Insufrible vaho de sangre y carroñas; fábricas de labor sin pausa, que convierten la riqueza semoviente en divisas del comercio de carnes; calles pobladas de gente humilde, laboriosa, con una decidida conciencia obrerista: todo eso ha sido el Cerro, de bravías tradiciones, de gente sufrida, de familias muy unidas, que han coreado el nombre del país en horas de alegría

VILLA DE LA UNION: UN QUEHACER RENOVADO

La Unión constituye no sólo uno de los núcleos más caracterizados de Montevideo, sino también aquel al que se le han dedicado más valiosos estudios. Con amor y con talento, el Dr. Luis Bonavita ha rememorado en la prensa y en sus libros los más trascendentes o íntimos episodios de la villa. A quien quiera asomarse a su pasado, la obra literaria e histórica de Bonavita le resultará de insuperable valor.

No se ha comprobado documentadamente que, en las tierras que hoy ocupa La Unión existieran, en los primeros tiempos de la evolución montevideana, construcciones estables ni actividad humana permanente.

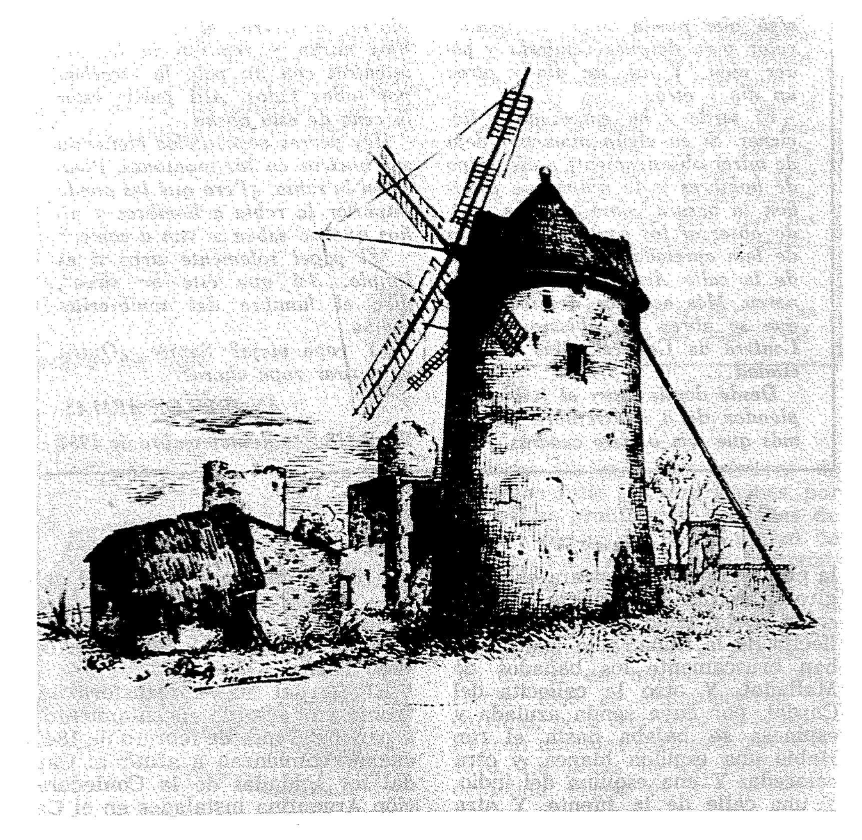
Los hechos más importantes de entonces fueron la adjudicación de tierras en 1730 a Sebastián Carrasco, en 1764 a Francisco Ramírez, en 1769 a Antonio Camejo, y la existencia del "Camino Real a Maldonado", que a partir de 1833 será complementado por el "Camino Real al Paso de Carrasco". A sus orillas se van efectuando nuevos fraccionamientos y ventas de tierras, con afincamientos estables de pobladores, pero sin constituir aún núcleo poblado.

En el período 1784 - 1843, según el estudio realizado en 1956 por el Instituto de Historia de la Arquitectura, se registran como sucesos destacables los siguientes: en 1784, la instalación de la chacra de Miguel de Tejada (gobernador interino de Montevideo en tiempos de Joaquín del Pino), con construcciones, arbolado y manantiales; en 1823, la de un molino y saladeros en la zona; en 1832, la aparición en planos de la "Chacarita de los Padres" (chacra de religiosos franciscanos situada sobre el arroyo Carrasco, vendida por el gobierno en 1834 a Juan María Pérez), en tierras que lindaban con la estanzuela de Alzáibar, cuyos campos comenzaban en el Camino de Propios, comprendían el territorio de La Unión y Maroñas y llegaban hasta el arroyo Manga; en 1833, la habilitación al público de una pulpería en terrenos de Maroñas, y dos años después la del Juzgado de "El Manga", del que pasa a depender el partido de "El Cardal"; en 1836, la adquisición por Mauricia Batalla de una chacra a la que luego dotó de una capilla (dependiente de la Parroquia del Cordón) y cementerio, primeras instalaciones éstas de uso público en la zona.

Mauricia Batalla, singular mujer fallecida en agosto de 1865, que ha tenido como biógrafos a Eugenio T. Cavia, y desde luego al Dr. Bonavita, afincó en 1834 en el Camino Real de los Propios. Pocos años después edificó su capillita que daba a la actual calle Asilo, más cerca de Pernas que de Comercio. Sobre ese solar, en la casa que llevó el Nº 3621 de dicha calle, Juana de Ibarbourou escribió todos los poemas de "Las lenguas de diamante" y "Raíz Salvaje", y la prosa de "El cántaro fresco".

Bonavita evoca así el caserío del Cardal en los primeros años de la república: "Era entonces un caserío el Cardal, un remanso..." En el hueco del Soldao, un drama de celos, y una cruz de palo. En la esquina del Gallo, el recuerdo de

Primer molino de viento que se construyó en el país (1823). En 1892 se veía en ruinas en el camino de La Unión.



LA BASURA Y LA ESPERANZA

Allí están.

Me cuesta creerlo, pero los estoy viendo realmente. Entonces toda duda de que las cosas fueran así, se derrumba ante este "ballet" de la miseria más atroz. El ballet de los hombres y los niños que van y vienen en silencio, revolviendo los montones de basura, buscando algo que pueda tener un remoto valor para después venderlo y poder vivir. Y así, un día y otro; un día y otro.

Es tarde y ha empezado a lloviznar. Si en algún momento dejo de mirar obsesivamente a ese grupo de hombres y de niños que escarban la basura como cuervos, puedo observar los contornos. Casillas de lata apretadas contra la vereda de la calle Azara y la calle Menorca. Más acá, los desniveles en que se abren los abismos de la Cantera de Casteret. Más allá, la ciudad...

Desde donde estoy al feérico esplendor de 8 de Octubre no hay más que seis o siete cuadras...

Lo que este puñado de hombres y niños buscan son, sobre todo, pedazos de metales. En cualquier momento puede aparecer la boquilla de primus vieja, el pedazo de bronce de un picaporte roto, la olla de aluminio desportillada. "El vidrio no lo podemos vender, pero sí las latas, el bronce, el aluminio, el plomo, los fierros, el cobre." Y los ojos miran y remiran la basura, mientras con un palo la escarban por todos lados. Allí puede estar la cena de esta noche...

Hay perros vagabundos metiendo sus hocicos en los montones. Pienso en la rabia. ¿Pero qué les puede importar la rabia a hombres y niños que no saben si van a comer?

"El papel solamente sirve si es limpio. Así que éste no sirve", dice el hombre del sombrerito-zamba.

¿Y ropa vieja? Sonríe. ¿Quién va a tirar ropa ahora?

ANDRÉS DE ARMAS.

EL PAÍS - 11 de noviembre de 1964

la pulpería donde se criara el bravo giro de uno de los Aguirre.

Un poeta debió apadrinar la callecita de la Luna, a la que cortaban bruscamente los bañados de Malladot. Y otro la callecita del Cardal, por cuya senda azulada y espinosa se bajaba hasta el río. Había una esquina blanca, y otra colorada. Y una esquina del indio. Y una calle de la fuente. Y otra que va al molino —por el del galgo— y en la cual, cuando ya se la conocía por calle de Toledo, nació un día de 1851, Eduardo Acevedo Díaz.

El Cardal va a transformarse "como por arte de encantamiento", a partir del mes de febrero de 1843, cuando comienzan a afluir al Cardal los soldados de la Confederación Argentina instalados en el Cerrito de la Victoria. El Cardal y el Cuartel quedarán unidos por el llamado "camino al campamento", la actual calle Industria.

En 1844 comienza a publicarse "El Defensor de la Independencia Americana", periódico impreso en la "Imprenta Oriental" instalada en el saladero de Antonio Fariña y Hno., el primero en editarse fuera de la ciudad de Montevideo. El segundo será "La Unión", en 1854. A partir de éstos, se conocen, en rápida estimación, más de 70 periódicos a través de los cuales se han expresado las inquietudes de los principales barrios montevideanos. Son fuente importante para un mayor conocimiento de su historia.

Surge así "El Cardal" como centro comercial del gobierno del Cerrito. Allí se instalan pulperías, tiendas, "boticas", reñideros de gallos, etc., que se suman a los molinos y saladeros que funcionan en sus alrededores. La habilitación oficial del puerto del Buceo en 1843 contribuye a acelerar su desarrollo.

Entonces es cuando Oribe ordena, según los planos levantados por el Ing. José María Reyes en 1845, la creación del Pueblo y Sección Chacras de "El Cerrito", y el 24 de mayo de 1849, la ejecución del nuevo trazado de las calles del caserío del Cardal, que llevaría desde entonces el nombre de "Villa Restauración".

Con la llegada de los arquitectos Fontgibell y Mayol se da comienzo a las obras del edificio de "El Colegio" (actual Hospital Pasteur), destinado inicialmente a seminario, y de la iglesia de San Agustín, inaugurada en octubre de 1849.

Llega al fin la paz de octubre de 1851. Un mes después, con la firma

del presidente Joaquín Suárez y de su ministro Herrera y Obes, se decreta el cambio de denominación de la Villa Restauración: en adelante se llamará Villa de la Unión, "con el interés de perpetuar en la memoria de los pueblos el recuerdo de la feliz culminación de la época calamitosa que la República acaba de atravesar, y borrar hasta donde sea posible los vestigios de la dominación extranjera que tanto ha pesado sobre el bienestar del país".

La clausura del puerto del Buceo y la desaparición de las ventajas materiales que proporcionaba hasta entonces el afincamiento en la Villa, provocan un período de acelerado decaimiento. Al asumir el mando el nuevo presidente, Juan Francisco Giró, que había militado en las filas del Cerrito, algunos espíritus progresistas, Roberto Larravide especialmente, proyectan la instalación de una línea de ómnibus - diligencias para unir la Unión con Montevideo. Al iniciar su actividad el 10 de mayo de 1853, la villa mejora y se dinamiza.

Ese mismo año Flores autoriza la construcción de la plaza de toros. Construida por Fontgiboll, será inaugurada el 18 de febrero de 1855. A consecuencia de la muerte del diestro Joaquín Sanz (a) Punteret, en febrero de 1888, se dictó la ley de 12 de setiembre de ese año, refrendada por el presidente Máximo Tajes y su ministro de gobierno Julio Herrera y Obes, por la cual se prohibieron las lidias de toros a partir del 31 de marzo de 1890 en todo el territorio nacional. La última corrida de esa época en el circo taurino de la Unión, al que acudían normalmente de 3.000 a 5.000 espectadores, se efectuó el día dos de ese mismo mes y año. Hacia 1899 se restablecieron las corridas, pero con toros embolados. Fueron abolidas definitivamente en 1910. La plaza de La Unión fue demolida, según el Dr. Bonavita,

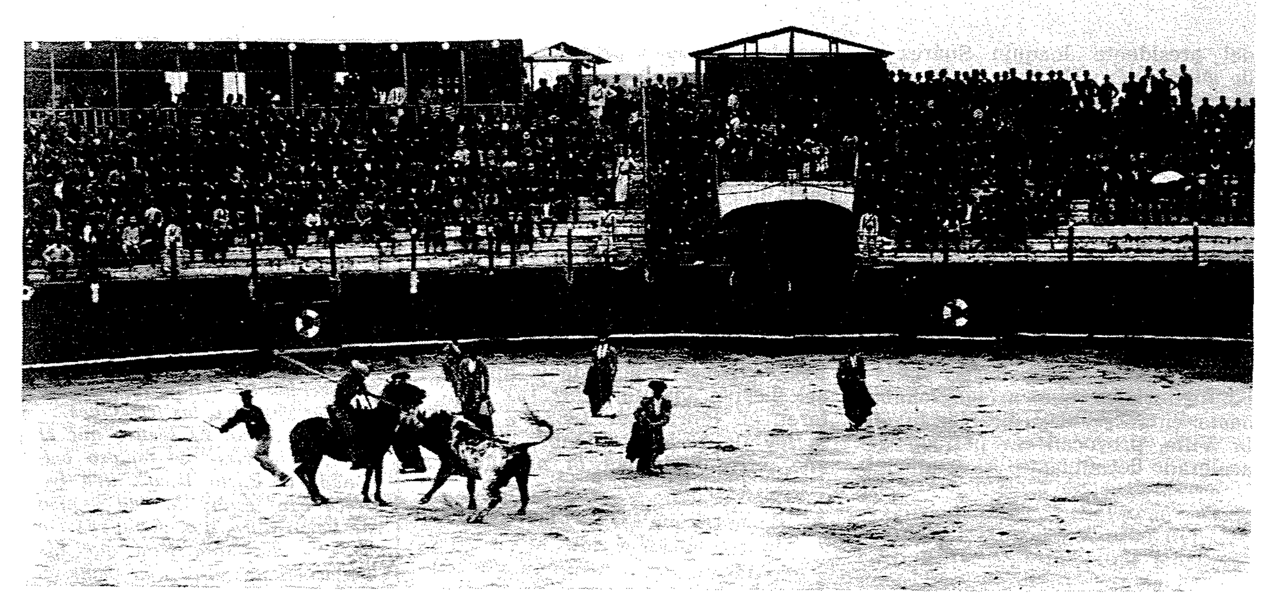
PUERTO RICO

Barrio malandra, sus cosas eran arregladas adentro, en silencio, sin intervención de ninguna autoridad, sin publicidad alguna, sin otro testigo que el cuchillo de lima y mango de guampa, compañero mudo y leal del orillero. Su vida dramática no trascendía de los portoncitos de enredaderas ni se asomaba por los cercos de madreselvas. Allí se ventilaban en secreto los odios, las venganzas, las pasiones, las traiciones...

Puerto Rico. Es seguro que el nombre le vino del famoso bailongo "O Porto Rico", una barraca con techos de lata y piso de barro duro, que debía regarse cada media hora para que los bailarines no levantaran demasiado polvo.

EL HACHERO - "Ese mundo del bajo", 1966.

Vista de la iglesia de La Unión, a principios de siglo.



Ya había corridas de toros en Montevideo en tiempos de la invasión inglesa. La escena corresponde a la plaza de La Unión.

en 1923, "cuando la perspectiva de la restauración de la fiesta se presentaba como lejana o improbable".

El Colegio Nacional establecido en la capital, que fuera trasladado después de la Guerra Grande al edificio llamado Colegio de La Unión, será erigido en Universidad Menor de la República en febrero de 1856. Cuatro años después parte del edificio es destinado a Asilo de Mendigos.

En 1865, diez años después de que firmara en La Unión un documento de conciliación con el general Oribe, el general Venancio Flores establece su cuartel en dicha villa sitiando a Montevideo conjuntamente con fuerzas brasileñas. Allí, el 20 de febrero, se firma la base de paz y el mismo día entra en Montevideo. La Unión vuelve a prosperar. Se realizan mejoras edilicias, se instalan nuevos edificios públicos, aumenta la población. En 1868 se inaugura la línea del primer tranvía de caballos, que la unía con la plaza Independencia. Un año después, Francisco Güelfi y Pedro Rizzardini abren las puertas de la confitería La Liguria, quizá la más importante de Montevideo en la actualidad luego de progresistas transformaciones.

Florencio Escardó dirá en 1873 que La Unión tiene teatro, mercado, gas. "De la ciudad —expresa el autor— se va a esta Villa por una ancha calle real empedrada por macadam y por tram-wais que allí tienen su estación principal, edificio de material y madera y todo iluminado por faroles de gas sobre columnas de hierro."

Hacia 1890 la villa atraviesa tiempos de declinación. Un periodista de la época dice que es "uno de los pueblos más antiguos y también más indiferentes a las manifestaciones del progreso", y agrega: "El camino que va de la Unión a Maro-

ñas que da entrada a la plaza de frutos de la villa, y es el tránsito obligado de los vehículos, se halla completamente intransitable. Hace la friolera de veinte años que no se compone este camino. Da lástima ver el mercado de la Unión: es un edificio que amenaza derrumbarse de un momento a otro. Hace por lo menos 15 años que no se blanquea... El [camino] de Carrasco, por donde entran a la villa los lecheros, está en tan pésimo estado, que diariamente ocurre un percance grave, habiendo necesidad de sacar a lazo a jinete y cabalgadura enterrados en el barro. La plaza de la villa es algo verdaderamente risible; un despoblado donde crece el pasto en abundancia; un pasto que se eleva a media vara de altura, sin más adorno que dos bancos destrozados, inservibles por lo tanto y cuatro álamos raquíticos. Ni un farol hay allí; siendo de advertir que la titulada plaza está rodeada de importantes edificios, la iglesia, los Asilos de Huérfanos y Maternal Nº 4, etc. Entre las sociedades más importantes figura el Club Concordia, formado por la juventud de la villa [...]. El vecindario se quejaba de las pocas garantías que le ofrecía en la época el servicio policial y esto se explicaba ya que en el camino Larrañaga, desde el camino 8 de Octubre hasta el de Goes, una legua larga, no había más que un solo guardia civil que tenía su parada en el Cuartel de los Vascos. [...] El personal total policial asignado a la zona es de unos 40 en total. Tenían que atender una población calculada en 14.000 almas y 5.711 cuadras cuadradas de extensión. El comercio de la Unión está bastante desarrollado y así es efectivamente."

En 1891, pocos días depués de haber estallado en La Unión un motín blanco-latorrista, dirá otro cronista que la mayoría de las casas de la villa estaban pintadas de celeste, denunciando así, visiblemente, la tradición blanca de sus habitantes hasta ese entonces.

En este siglo, en 1927, se le da un nuevo destino al Asilo de Mendigos y Crónicos, para el que se construye el actual Asilo Piñeyro del Campo. En 1922 se instala el

Los puestos de venta al aire libre en La Unión, ofrecen sus atracciones a un vaivén incesante de peatones.





Las tiendas de la ex Villa de la Restauración funcionan al máximo, dinamizando multitudes de compradores.

Hospital Pasteur en el edificio de la antigua Universidad Menor. En 1925 se inaugura un gran centro cultural, el "Grupo Escolar Felipe Sanguinetti", construido con la donación de este filántropo. El incremento de la población, de comercios, de industrias, de servicios públicos y de comunicaciones es cada vez más creciente. Finalmente, en 1947, La Unión queda incorporada por decreto a la zona urbana de Montevideo.

Hoy es, como se ha dicho, puerta para el este y centro del país. Constituye uno de los sub-centros urbanos más importantes de la metrópoli, con gran movimiento económico, comercial e industrial. Lo caracteriza un localismo bien entendido. Sigue creciendo hacia afuera y hacia adentro.

CERRITO DE LA VICTORIA

Como una atalaya secundaria y alejada del río, el Cerrito señorea en las espaldas de la ciudad.

Millán, el diseñador de la estructura urbanística de Montevideo, lo llamó "Montevideo Chiquito". Pero el pueblo lo consagró con un nombre más exacto, que es el que perdura. El Cerrito, más que un Montevideo pequeño, fue un anti-Montevideo en otros tiempos y así la historia lo ha demostrado en varias ocasiones.

El primer sitio al Montevideo hispánico fue puesto allí por Artigas en 1811, luego de la campaña cerrada brillantemente en la batalla de Las Piedras. Pocos días después, el 1º de junio de ese año, llegarían las fuerzas de Rondeau y éste sustituiría en la jefatura a nuestro héroe. Luego de cinco meses de sitio éste se levanta, actitud que precipita el Éxodo del Pueblo Oriental.

El segundo sitio patriota fue impuesto nuevamente por Rondeau el 20 de octubre de 1812. Cuando Vigodet sale al encuentro de los patriotas el 31 de diciembre de ese año, se produce la acción del Cerrito, que desde ese día será "de la Victoria". Un duro combate deja a Rondeau y los suyos dueños del campo. Pero todavía faltaban algunos meses para que se produjera la capitulación de la plaza.

El tercer sitio fue pueso por Lavalleja en mayo de 1825. Entonces estaban los brasileños ocupando la ciudad. Realizada esta operación casi simbólica, cumplida por un centenar de hombres que elevaron en lo alto del Cerrito el mástil de la tricolor, Lavalleja deja allí a los mayores Isás y Manuel Oribe, para

instalar en la Florida su cuartel general.

Una vez constituida la república, la historia del joven país va a estar, por muchos años, teñida de sangre.

El 16 de febrero de 1843 una salva de 21 cañonazos anunció que el Gral. Manuel Oribe llegaba al Cerrito, al mando de unos 7.000 hombres. Iba a comenzar el cuarto sitio, el más largo de todos. Desde la ciudad se contempla con alarma este alarde de poderío bélico. En su gobierno está ahora, con treinta años más, el ciudadano Joaquín Suárez, que en 1812 fuera sitiador. Y comienza el asedio que dio a Montevideo la denominación de Nueva Troya y transformó, ahora sí, el Cerrito en la anti-ciudad.

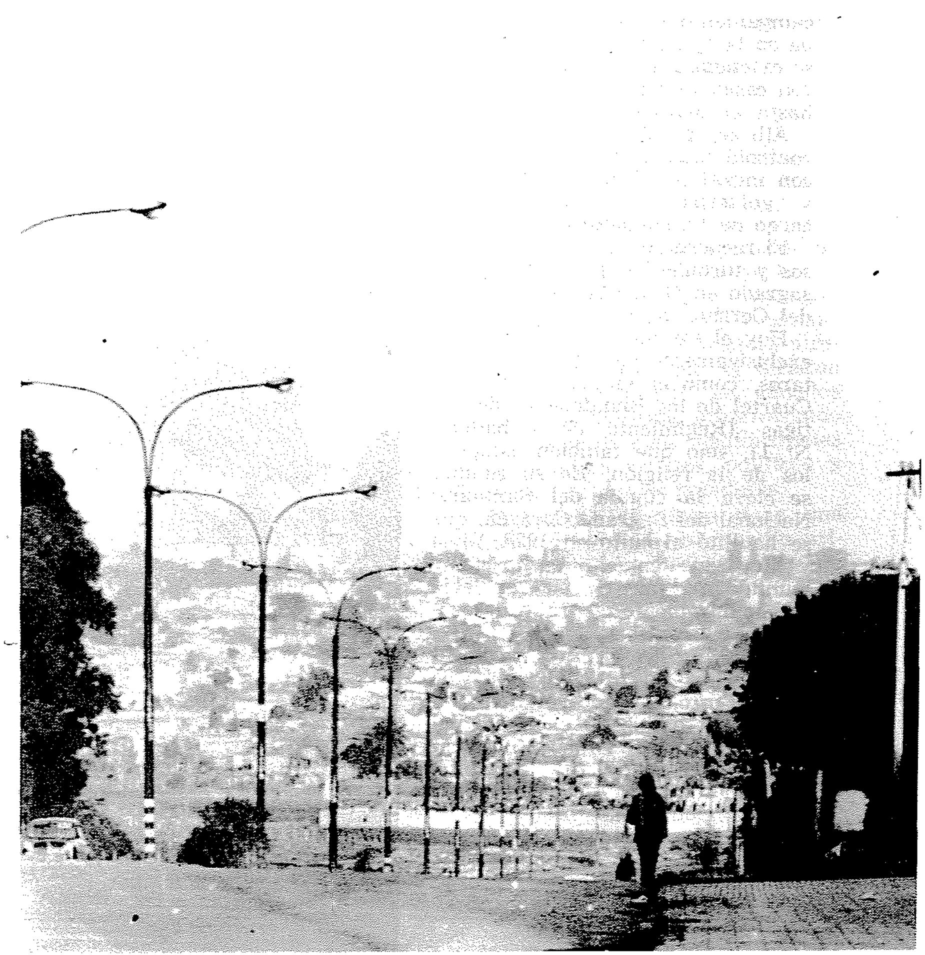
En 1845, en terrenos que fueran de Melchor de Viana, se crean el pueblo y la sección chacras del Cerrito.

Entre "la quinta del vasco Chopitea y un monte de olivos" que daba al camino de la Restauración, hoy calle Industria, se encontraba el cuartel general de Oribe. Concretamente se levantaba, según el Dr. Luis Bonavita, a pocos metros del Molino del Miguelete, llamado también de Fortogato, construido en 1820 y demolido en 1922, entre las actuales calles Juan Acosta, Santa Ana, Francisco Plá y Joaquín Artigas.

La tienda del Gral. Oribe se hallaba enclavada en una explanada de una hectárea de superficie, en uno de cuyos ángulos descansaban cuarenta cañones de bronce. Y así, durante casi nueve años, el Cerrito es el centro vital de un ir y venir de chasques, de resoluciones gubernamentales y esperanzas políticas.

Entre quienes se refirieron al campamento de Oribe, tales como el hacendado de Pichinango don Benjamín Poucel y el doctor Domingo González, que firmara sus libros de recuerdos con el seudónimo de "El Licenciado Peralta", se cuenta Samuel Greene Arnold, un joven oriundo de Rhode Island, que llega a Montevideo en el último día de enero de 1848 y describe así dicho campamento:

El Cerrito de la Victoria, antiguamente coronado por signos militares; hoy, por la cúpula de un santuario.



"Encontré el ejército alojado; allí han construido un pueblo de barro y estacas con techos de paja, largos edificios con asta de bandera y casillas de centinelas a intervalos y las banderas del Uruguay y de la Plata [Argentina] flameando sin distinción donde están acuartelados. El propio Oribe tiene una pequeña cabaña de madera con techo de paja para el cuartel general."

Agrega Greene Arnold que el campamento sitiador, que albergaba en la época unos 5.000 hombres, se extendía por cinco millas largas, con casas de comercio en el camino hasta el arroyo.

Allí se organizó un gobierno que controló toda la campaña del país, con ministros, Tribunal de Justicia y gobiernos departamentales a cargo de Comandantes Militares.

El recuerdo de aquellos días tensos y turbulentos ha quedado consagrado en el nombre de una calle del Cerrito: Nueva Troya.

Hoy el Cerrito no está coronado exclusivamente por los signos militares, como el emplazamiento del Cuartel de los Blandengues de Artigas (Regimiento de Caballería Nº 1), sino que también campean los de la religión. En su cumbre se eleva la cúpula del Santuario Nacional del Sagrado Corazón, que se habilitó al culto en 1928. Vivía y aún vive en el Cerrito gente humilde, que más de una vez debió luchar duramente contra la desocupación y la miseria.

El pueblo del Cerrito vio nacer a su flanco, en 1877, el pueblo de San Lorenzo, fundado por Lino Herosa y así bautizado en honor del dictador Latorre. Ambos se soldaron y comenzaron a tirar en yunta, con mejor destino, del carretón de la vida ciudadana.

EL BUCEO Y SU TRADICION MARITIMA

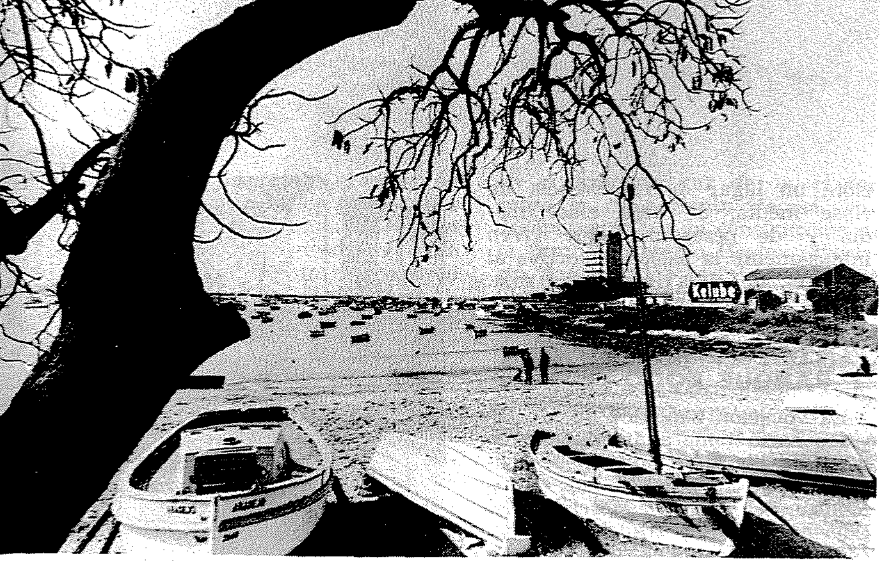
Don grandes y famosos naufragios dieron notoriedad a la pequeña bahía que hoy conocemos por puerto del Buceo. El primer naufragio de renombre fue el del navío "Nuestra Señora de la Luz", que en 1752, a menos de tres décadas de la fundación de Montevideo, chocó en medio de un temporal, en viaje desde Buenos Aires a Cádiz, con las "pipas de tierra" de Punta de Carretas, al sudeste de la "Isla de la Luz", llamada así desde ese suceso.

Además de contrabando, el velero portugués llevaba, según lo ha detallado prolijamente el Dr. Juan Alejandro Apolant en uno de sus libros, 1:271.000 pesos en moneda de oro y plata, equivalente según dicho autor a la fabulosa cantidad actual de 1.420 millones de pesos uruguayos.

Pero lo que dio nombre a la costa fueron las operaciones de rescate del cargamento. En efecto, desde allí se organizó "una estación de buzos" que dio nombre al paraje como "el buceo de la luz". Andando el tiempo, el pueblo, sabio

La riqueza ictiológica uruguaya presta animado ritmo a los puestos de venta del Buceo.





Una imagen romántica del puerto del Buceo captada por Amílcar Persichetti.

simplificador, redujo dicha denominación a la actual de Buceo.

En tres momentos la zona adquiere calidad de escenario militar. El primero cuando en sus inmediaciones, en 1807, en la ensenada de La Basura, desembarcó la infantería de marina de Inglaterra para sitiar y luego asaltar a Montevideo. El segundo tuvo lugar cuando frente a sus costas la escuadrilla bonaerense, al mando del almirante Guillermo Brown, batió a la española el 17 de mayo de 1814, hecho que determinó la rendición de la plaza días después. El tercero tiene que ver con el largo sitio de Montevideo emprendido por Oribe. Las fuerzas sitiadoras de Montevideo tenían necesidad de exportar productos y para ello, el 10 de julio de 1843, por orden de Oribe fue declarado "puerto habilitado para el comercio el del saladero de Seco en el Buceo".

Es de recordar que, a fines de 1805, ante la amenaza de una invasión inglesa, Juan José Seco mantuvo una fuerza armada de unos 200 hombres en su "elaboratorio de carnes", poniéndolos a las órdenes del entonces Ayudante de Blandengues José Artigas.

Por 1841 —secuela de la guerra— fueron ofertados en remate los saladeros del Buceo que fueran del ya fallecido Bernardo Pereira Pintos y el de Francisco Bueno, con 18 cuadras de terreno, que "había estado constantemente ocupado y para la faena tenía las mejores comodidades".

La Aduana del Buceo fue importante fuente de recursos para el gobierno del Cerrito. Los cueros del país salían por ella; el Dr. Eduardo Acevedo verificó que durante los meses comprendidos desde noviembre de 1843 hasta julio de 1845 se exportaron por el Buceo 323.000 cueros vacunos. El historiador citado agrega que desde fines de agosto hasta noviembre de 1848 fondearon en el Buceo 36 buques mercantes de ultramar y 76 de cabotaje.

El muelle se encontraba frente a la Aduana. Cuando se creó el arma de Ingenieros, en 1917, el batallón Nº 1 tuvo asiento en el ex-Tribunal de Comercio. En la actualidad, en el local de la ex-Aduana de Oribe se encuentra el Museo Aduanero y de Hacienda.

En agosto de 1872 el agrimensor Eugenio Penot levantó un plano de amanzanamiento de los terrenos de propiedad de Juan Thode y de sus hermanos políticos Ricardo B. Hughes y Roberto A. Ferber. Estaban situados sobre el puerto del Buceo, entre el predio del cementerio y el arroyo de los Chanchos, y su delineación fue aprobada. Pero su ejecución no pasó de la etapa del proyecto.

En la década del 20 de este siglo, principalmente, se fueron levantando ranchos de lata y madera alrededor del puerto, que se hicieron famosos porque allí, en aquellos tiempos de bohemia, fraternizando en derredor de bien condimentadas ollas, acudían artistas, políticos y diversos personajes populares.

El Museo Larrañaga tiene una curiosa y variada historia. Su primer destino, en 1932, fue ser un "bar morisco"; luego fue cabaret; funcionó como morgue del inmediato cementerio del Buceo, habilitado en 1872; fue posteriormente Museo Oceanográfico y de Pesca, dependiente del SOYP, y funciona actualmente como Museo Zoológico "Dámaso A. Larrañaga", bajo la égida de la Intendencia Municipal de Montevideo.

En 1939 fue inaugurado el edificio del Yacht Club y desde ese momento siempre se encuentran a su vera, un enjambre de velas y barcos a motor.

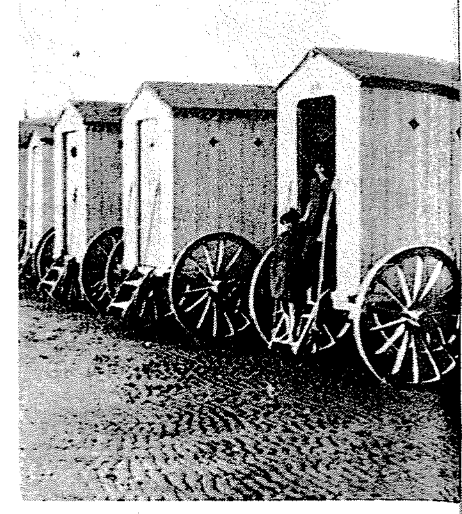
Los famosos ranchos fueron sustituidos por chalets. Y entre ellos se levantó el edificio Panamericano, de proporciones totalmente inusitadas en la zona, que quiebra audazmente "la unidad paisajistica" de la costa, y alberga centenares de familias.

Hoy la franja costera del Buceo comparte el vigor edilicio, las características residenciales de toda la costa montevideana entre Punta Carretas y Carrasco. Las zonas más alejadas de la rambla son un remanso de la ciudad, de lenta transformación; un lugar de convivencia de clase media, de baja clase media y de pescadores que viven intensamente la pasión deportiva al conjuro de una camiseta roja, blanca y negra.

PLAYA RAMIREZ Y PARQUE RODO

La vocación bañistica de Montevideo nació tempranamente. Ya en la época hispánica surgen "los baños de los Padres", ubicados en los fondos del actual Mercado del Puerto donde los franciscanos del convento próximo hacian sus abluciones en el río.

Luego, a lo largo de la actual costanera, van apareciendo el "baño de los cubos", junto a dichos bastiones defensivos —la playa del Cubo del Norte era la preferida por las señoras, hacia 1843—, el de "Aurquía", situado a la altura de Maldonado y Ciudadela, el de "Santa Ana", en la terminación de la calle Vázquez. Al ir avanzando la ciudad, fuera de sus antiguos límites se buscaban sitios donde atemperar los rigores del estío, disfrutando de la frescura del agua.



Baño de señoras en la playa Ramírez a principios de siglo.

"Alegría del mar" en este rincón sereno de la Playa Ramírez, en 1912. Al fondo, se extiende la vibración multitudinaria de la ciudad.



En el verano de 1860 la policia del departamento destinaba para baños de señoras los siguientes trechos: por el norte, la costa comprendida desde la "calle del Rio Negro" hasta la del "Daymán" (hoy Julio Herrera y Obes) y desde la de Zabala hasta la de Solís; por el oeste, desde el rompeolas hasta la "calle del Cerrito"; por el sur, la costa que abarcaba desde la "calle de Alzáibar" hasta la de "San Gabriel" (actual Rincón). Para baños

de hombres se señalaba el tramo de costa que empezaba en los muelles Gounouilhou y terminaba en "la calle de Colón" y desde la calle de San Gabriel "hasta el seno que se encuentra antes de llegar a la playa de Ramírez". Con respecto a ésta, se prevenía que la parte más próxima a la ciudad se destinaba a las señoras y la más distante a los hombres. Cabe agregar que en el cuadrilátero formado por las actuales calles Tacuarembó, Minas, San Salvador e Isla de Flores se encontraban las instalaciones del Saladero de Ramírez, que funcionó hasta 1883.

Dice Eduardo Acevedo en sus "Anales Históricos del Uruguay" que Montevideo carecía de instalaciones de mar, pero que en 1866, en el extremo sur de la ciudad sobre la calle Santa Teresa, hoy desaparecida por la construcción de la rambla, Antonio Bastos estableció dos amplias instalaciones, una para señoras y otra para hombres. "Poco después —agrega—, se formó otra empresa más importante bajo la presidencia de don Agustín de Castro, con capital de $ 100.000.— para el establecimiento de un servicio de baños y casas de recreo en la playa Ramírez. El gobierno concedió a esta segunda empresa, por vía de estímulo, tres cuadras de terreno fiscal con destino al proyectado establecimiento."

Hacia 1871, el panorama urbanístico de la playa llamada de Ramírez era bastante precario. Sólo una calle pavimentada sobre el antiguo Camino de la Estanzuela llegaba hasta la costa. Allí fueron tendidos los rieles del Tranvía del Este, cuya línea fue inaugurada en octubre de ese año.

Donde concluían dichos rieles fueron establecidos los "Carros de Baños Orientales", con capacidad para cinco o seis personas. Un boleto familiar para el uso del carro costaba diez centésimos. En la temporada siguiente, en 1872, fue elevado a $ 0,40.

Estos servicios dieron a Ramírez calidad estricta de balneario, más o menos calcado de los europeos que, como Biarritz, había surgido a la celebridad cuando Napoleón III lo escogió para pasar en él con su familia, en la temporada anual.

La playa Ramírez hacia 1885, en la que puede apreciarse el asilo "Dámaso Larrañaga" y el tranvía "Oriental" de tracción a sangre.



El siempre atento y emprendedor Francisco Piria adquirió esos terrenos en 1896. En febrero de 1889, el Banco Crédito Real Uruguayo inició la venta de solares del Barrio Porteño, frente al edificio del Asilo de Huérfanos y Expósitos, actual Asilo Larrañaga, sobre las calles Estanzuela, Asilo, Asamblea, Defensa, Cufré, Cebollatí y San Salvador. Las calles, decían los anuncios, estaban empedradas y recorridas por los servicios de tranvías de la Unión y el Oriental.

Las exposiciones del Museo N. de Artes Plásticas atraen a nuestro pueblo.

FOTO TESTONI



Luego se pensó en las atracciones, en los juegos para el público que buscaba diversiones estivales. Uno de los más requeridos, la "montaña rusa", se inauguró el 24 de enero de 1889.

Una publicación montevideana describe así el auge veraniego de Ramírez, en 1901: "Para encontrar de tarde a medio Montevideo de bañistas y paseantes no hay más que ir a Ramírez. Parece que la gente se ha puesto de acuerdo para que sea la preferida esa linda playa que hace economizar, por su situación a las puertas de la ciudad, mucho tiempo y algunos reales." En el Parque Urbano, los árboles aún no habían llegado a la categoría de arbustos.

Es de recordar que cuando se cerró la desastrosa aventura financiera emprendida por el Banco Nacional, la Municipalidad recibió en 1898 los terrenos destinados, según la ley de liquidación de aquél, decretada en 1896, a un futuro parque.

Una publicación londinense de 1912 lo describía de este modo incisivo: "El Parque Urbano es casi el único del mundo que tiene como complemento de su belleza una playa tan hermosa como la playa Ramírez. Existe en este parque un magnífico hotel llamado Parque Hotel que costó $ 790.000 oro y que por su majestuosidad y lujo tal vez sea uno de los primeros de Sud América.

"Al frente tiene una gran terraza profusamente iluminada, con vista al río y a la rambla por donde desfilan los tranvías de Montevideo. Otra belleza en el parque es el grandioso lago recién terminado, que tiene una capacidad o volumen de agua de 29.000 metros cúbicos; navegan en él varias lanchas automóviles, y actualmente se construye una gran cascada con variados juegos de agua; en una de las riberas del lago hay un castillo. Frente a él hay unos grandes desniveles, y el jefe del parque, aprovechándolos, construyó jardines bordeados con piedras, conociéndose ese paraje por el nombre de «Jardín Japonés».

"Sobre la avenida principal del parque hay otro gran edificio conocido por el nombre de «Exposiciones», que fue construido especialmente para la gran Exposición de Higiene, a la que luego sucedieron la de Bellas Artes y la de Cuadros Norteamericana.

"La iluminación es profusa y lujosa; se han instalado recientemente 70 focos de arco sobre columnas de hierro adquiridas especialmente en Alemania.

"Hay en el parque unos jardines llamados «Jardines de la Fuente», preferidos por el público por su geométrica disposición y su policroma combinación de plantas; en el centro hay una preciosa fuente de bronce, hecha en la calle Wals d'Osme, de París.

"El valor de este parque es enorme, y las propiedades de sus inmediaciones se han beneficiado con su vecindad, al extremo de pagarse por terrenos que a sus propietarios costaron 30 centésimos el metro, 7, 8, y 10 pesos oro en la actualidad [reiteramos: 1812].

"Tanto en la playa como en el parque hay columpios, montañas rusas y otras diversiones populares.

Al final del muelle más largo, en la parte exterior de las cabinas para señoras, una banda de música ameniza el espectáculo tocando las piezas musicales más en boga."

El Parque Urbano cambió su nombre por el de Parque Rodó, por decreto de la Junta Económico-Administrativa, el 14 de junio de 1917. Hoy los "arbustos" de principios de siglo son árboles añosos, venerables. El sol enciende sus mañanas plácidas, y la luna platea sus noches atravesadas despaciosamente por los enamorados.

Si bien el crecimiento demográfico ha provocado el desplazamiento del grueso del público hacia el este, la zona hoy sigue conservando el cetro del calor y el color populares. Grandes edificios lo circundan y embellecen. El Parque Rodó exhibe numerosos monumentos y estatuas que proyectan sobre sus viejos rincones umbrosos un resplandor artístico. Así figuran, entre otros, los monumentos a Rodó, a Guillermo Tell, al Prof. Zolesi, a Leonardo Da Vinci, a Amado Nervo, a Florencio Sánchez, a Einstein, la Fuente de los Atletas, el Labrador, los bustos del Dr. Roux y de Samuel Blixen, el monumento ecuestre Nuevos Rumbos y el denominado Cósmico, en estilo de arte constructivo.

Entre los edificios que embellecen el parque se cuentan el remozado Museo Nacional de Artes Plásticas, la funcional Facultad de Ingeniería, el Teatro Municipal de Verano y el Parque Hotel inaugurado en 1911. Por su parte la zona de diversiones con sus juegos sigue, como ayer, atrayendo a grandes y chicos con el inocente llamador de la risa y la emoción.



La zona de divisiones del Parque Rodó, inocente llamador de la risa, el vértigo y la emoción.

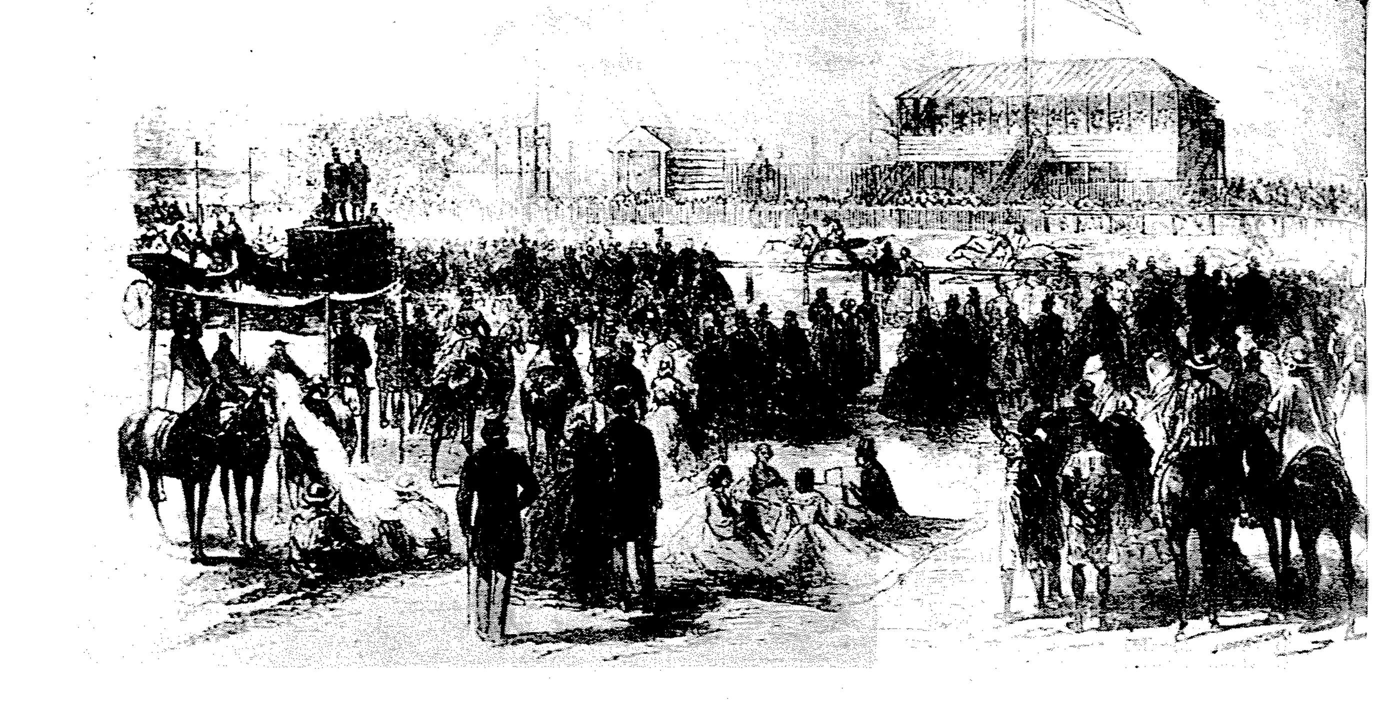
PUNTA CARRETAS

No siempre la geografía uruguaya recibió de igual manera a Punta Carretas en su inventario costanero.

Quien primero se refirió al origen de dicha denominación fue, creemos, Louis Feuillée. Este hombre de ciencia y sacerdote francés que desembarcara en la bahía montevideana el 30 de octubre de 1708, nos ha legado esta información toponímica en su obra "Journal des Observations Phisiques, Mathematiques et Botaniques...": "Se ha dado el nombre de Carretas a un cabo que avanza en el río a dos leguas al este de la punta que cierra la bahía de Montevideo a causa de las varias rocas que asoman y de otras muy peligrosas escondidas debajo de las aguas."

Cerca de dos siglos después, en 1895, Isidoro de María en su "Nomenclatura Topográfica" nos ofrece esta versión coincidente del origen de tal denominación: "Viene este nombre de la configuración atribuida a sus peñascos, parecidos a carretas."

Presumiblemente por desconocimiento de topógrafos o marinos acerca de nuestra realidad geográ-



fica, su nombre fue diversamente aplicado. Alguna vez, en 1698, una carta francesa identificó así el arrecife conocido en la actualidad por Las Pipas, mientras la Punta Carretas era indicada como Punta Brava, justo calificativo, ya que su largo arrecife se introducía como una cuña en el Río de la Plata, amenazando a las embarcaciones que navegaban por su vecindad.

Otros planos de fines del siglo XVIII le asignan el nombre de Carretas a la actual Punta Gorda (es quizá a esta saliente rocosa a la que se refiere Feuillée); en 1846, el plano topográfico del Agr. Pedro Pico registra la actual Punta Trouville con la denominación Punta Carretas.

Sólo en 1872, en planos levantados por Pablo Santías y Francisco Surroca, Punta Carretas se incorpora al nomenclator cotidiano y familiar de los montevideanos. Quizá haya influido en la actual denominación el recuerdo del tránsito rechinante de lentas carretas que visitaban el saladero de Tort, en aquellas soledades oreadas por los vientos.

Desde 1789 poseyó estas tierras Salvador Tort. Su hijo Mathías las adquirió al gobierno de la república en 1833. Este habia nacido en Buenos Aires y radicado posteriormente en Montevideo; integra en 1834, junto a Manuel Oribe, José de Bejar, Manuel Otero, Pedro Pablo de la Sierra y Juan A. Gelly, la Sociedad de Agricultura, creada con el objeto de perfeccionar los métodos de cultivos en el país. La instalación del saladero de Mathías Tort fue decisiva en la formación inicial de la estructura económica y social de la zona.

Según el historiador Juan E. Pivel Devoto dicho saladero fue emplazado en la edificación de un viejo fortín español, construido de piedra de sillería en el cruce de las actuales calles Ellauri y Tabaré. En sus últimos tiempos fue utilizado como estación del Tranvía del Este.

Punta Carretas mantuvo siempre una constante vinculación con el deporte. Inicialmente fue el turf. Es de recordar que hacia 1788 ya

El primer deporte practicado en Punta Carretas fue el de las carreras de caballos. (Litografía de una escena en el Hipódromo del Este, en 1861).

existía una pista recta de carreras de caballos, ubicada por el Arq. Carlos Pérez Montero, aproximadamente, entre las actuales calles Río Negro y Yi, sobre una diagonal que se extendía entre la hoy calle San José y la Avda. 18 de Julio.

El hipódromo del Este surgió gracias a los esfuerzos de José A. Costa, Antolín de León, Pedro Risso y Silvestre Ayala. La Comisión Honoraria estaba presidida por el Dr. José Pedro Ramírez y bajo su patrocinio se inauguró este circo.

Unas jugosas crónicas de "La República", aparecidas en el mes de abril de 1861, dan cuenta de dicho espectáculo en Punta Carretas. A la "función campestre" concurrieron 3.000 personas que presenciaron cinco carreras de caballos y una de a pie, ganada por "un policiano de Pando".

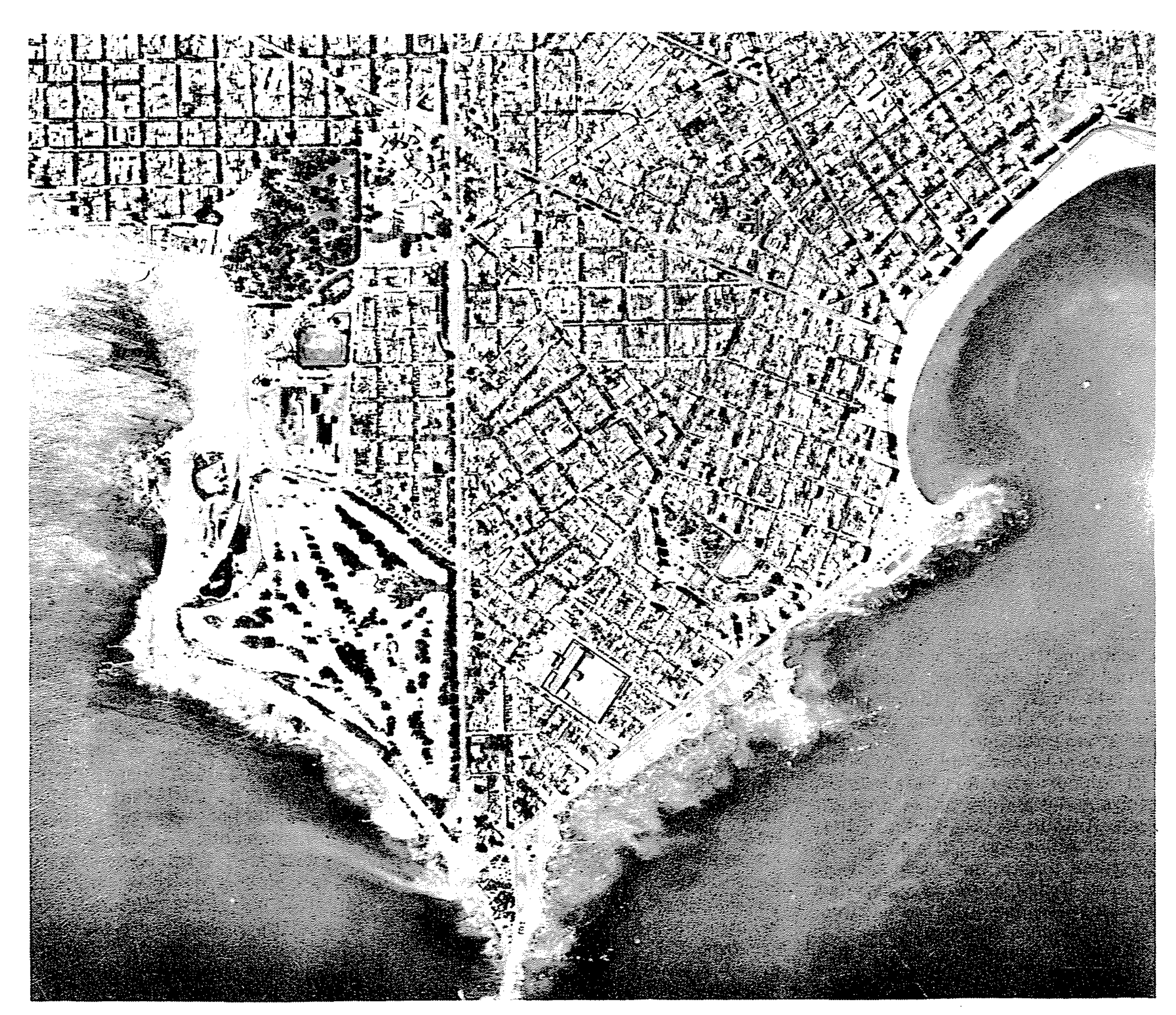
Este Hipódromo del Este, situado frente al campo de maniobras, lugar donde hoy levanta sus muros la Cárcel Penitenciaria, vio declinar su estrella al fundarse el Jockey Club. Los socios se desvincularon en forma casi masiva y ello provocó el fin de su vida deportiva y social.

Punta Carretas vio florecer una gracia bíblica en el ámbito de la quinta de Luis de la Torre, uno de los pioneros de nuestra viticultura. Teodoro Álvarez, en su obra "Viticultura general", menciona a de la Torre como propagandista incansable de la viticultura; en su quinta, dice, cultivaba hacia 1874 todas las clases de uva conocidas hasta aquella fecha en el país: morada, moscatel blanca, chasselas blanca, chasselas negra de piña y frutilla. Luis de la Torre fue uno de los que llevaron a la práctica la idea de la fundación de la Asociación Rural del Uruguay, de cuya Junta Directiva era presidente.

La Punta Brava, con su aviesa presencia, seguía acechando a los navíos. Era necesario indicar sus peligros a los marinos y navegantes del cabotaje costero. El 1º de octubre de 1876, dando cumplimiento a la ley de 13 de julio de 1875, comenzó a brillar el faro de Punta Carretas, tan familiar hoy a los ciudadanos de Montevideo. Desde la farola, situada a 21 metros sobre el nivel del mar, el faro emitió una luz blanca, fija, visible a 10 millas con tiempo claro. Desde agosto de 1948 funciona con destellos rojos y blancos. Hacia 1878 el repertorio edilicio de Punta Carretas era mínimo. Guardando la espalda a la farola se levantaba en aquellas soledades la estación del Tranvía del Este; a poca distancia de ella había un almacén de comestibles y una larga casona habitada por familias de magros recursos.

Los que concurrían los domingos a esta zona tan despoblada lo hacían atraídos por la fama de buen pesquero que tenía la punta y sus adyacencias. Entre los habituales pescadores se hallaban José Achinelli y Andrés Dionisio, que alquilaron en 1878 una pequeña casa. Y tras Achinelli y su amigo aparecen otros dos, Ramón Carballo y José Zuchelli, que se asocian a aquéllos.

Paralelamente a las largas y pacientes jornadas de agua y aparejo, que inspiraron a Nicanor Blanes hacia 1887, se organizaban comilonas suculentas, regadas con buen vino. La casa adquirió para los amigos el significado de un grato símbolo. Y Zuchelli, que era aficionado a leer novelas francesas, halló un buen día en una de ellas una frase latina que le atrajo sobremanera para denominar la modesta vivienda de los pescadores domingueros: Parva Domus, Magna Quies. El nombre —casa pequeña, tranquilidad grande— iba a trascender aquella festiva intención. Pronto la asociación de otros amigos, redoblaron las ricas banqueteadas y el espíritu zumbón, y hubo que alquilar otra habitación y comprar muebles. La sociedad estaba en marcha y en 1895 constituyó sus autoridades. Desde esa época, en ese "reinado espiritual del buen



La urbanización edilicia de Punta Carretas, la rambla que la ciñe y la presencia del Río de la Plata. Foto: Servicio Geográfico Militar.

humor" que hoy ocupa un predio enjardinado de Punta Carretas, se come bien, existe una fuerza punitiva y un poder ejecutivo de una "república" independiente, integrada solamente por hombres, algunos con destacada actuación pública en nuestro medio. Allí las dignidades de la vida seria de la ciudad se convierten en alimento para la farsa en la unión cordial de la amistad.

Punta Carretas está asociada a los comienzos del fútbol uruguayo. Cuando en 1891 se forman los primeros equipos organizados, Punta Carretas será lugar de cita para los noveles jugadores.

Allí, el 25 de junio de 1899 inició su brillante trayectoria el Club Nacional de Football en encuentro realizado contra el Uruguay Athletic Club. En marzo de 1913 se funda el Club Atlético Defensor, modestamente originado como equipo de la fábrica de vidrios existente donde hoy se encuentra la escuela Francia, en calle Echeverría.

Poco después del fútbol surgía el golf. Esta vez fueron los escoceses, que en 1895 comenzaron la construcción de una cancha en el sitio donde actualmente está la cancha municipal. Todo iba muy bien pero el viento se encargó de malograr estos esfuerzos pioneros. El 15 de agosto de 1899 se levantó un terrible huracán que hizo volar por los aires la casilla de la sede. Cuando ésta cayó, a muchos metros de distancia, el socio Bowles estaba herido de muerte y otros jugadores habían sufrido graves lesiones.

Este dramático accidente aplacó el entusiasmo de los animosos escoceses. No obstante, el juego se difundió cuando el Club Uruguay, constituido en 1922, inició su exitosa existencia. Desde entonces la pasión por los links priva en una élite selecta, que vive con entusiasmo la diestra aventura del juego.

En agosto de 1925, año en el que se agregaron tres hoyos más en su recorrido, el Club de Golf del Uruguay recibió la visita del Príncipe de Gales, Eduardo de Windsor, quien jugó un encuentro que siempre se recuerda.

La aviación tampoco es ajena a Punta Carretas. En 1910 un médico uruguayo, el Dr. Alberto Eirale, construyó un avión casero en el local del Polígono de Tiro. Como el motor de 50 H. P. no funcionaba, el aparato fue abandonado. Del mismo Polígono salió en enero de 1914 la aeronave Dupperdusin, tripulada por el piloto inglés Barron con el periodista Vicente Salaverri, recientemente fallecido, como acompañante. El largo salto terminó con felicidad en la playa Ramirez.

La vida de Punta Carretas es plácida y serena. Pero el barrio residencial, poblado por gente poco ruidosa, salvo las francachelas de la Parva Domus, de cuando en cuando se ha visto sobresaltado por sucesos que conmovieron la tensión ciudadana. Uno de ellos fue la evasión del Penal que tuvo lugar el 18 de marzo de 1931. Desde la carbonería "Al Buen Trato" se excavó un túnel de 43 metros de largo y por él escaparon cuatro asaltantes del cambio Messina, más otros peligrosos delincuentes que aprovecharon para fugarse el túnel planeado por la mente de Gino Gatti.

La mole gris de la Cárcel Penitenciaria, inaugurada en 1910, es la sombra melancólica de esta barriada acariciada por el río. Barriada luminosa, "de distinción intelectual", tiene casas tan célebres como la del máximo cantor de nuestra historia, Juan Zorrilla de San Martín, hoy convertida en museo, donde el ilustre poeta escribiera alguna de sus obras, o como el taller de su hijo, el escultor José Luis Zorrilla.

Llegado al término del espacio de que disponemos para desarrollar esta brevísima imagen retrospectiva de algunos de los principales barrios montevideanos, que completaremos en una próxima entrega, el lector notará muchas omisiones, la ausencia del relato de hechos resonantes.

Quienes se interesen en conocer con mayor profundidad lo que apenas hemos esbozado, encontrarán en la bibliografía que incluimos en ambos números, algunos de los múltiples caminos que pueden transitar para conocer la historia de barrios, localidades, pueblos y villas que, a ritmo pausado o meteórico desarrollo, fueron integrando el Montevideo actual.

Finalizamos esta primera entrega recordando las palabras de Alberto Salas: "El barrio, sus manzanas, sus innumerables cuadras, dichosas e integradoras del hombre, es la sustancia, el alma, la fecundidad de la ciudad [...]. Allí en el corazón de los barrios, constituyéndolos, la vida ha encontrado un remanso vegetativo y lento que pretende redimir a toda la ciudad, volviéndola a la quietud y al sosiego colonial."

BIBLIOGRAFIA

ABELLA TRÍAS, J. C. — **Montevideo, la ciudad en que vivimos,** 1960.

ÁLAVA, César de — **El alma de un pueblo, Villa Colón,** 1948.

ÁLVAREZ DAGUERRE, Andrés — **Historia de Montevideo - Glorias del Barrio Palermo,** 1945.

ANALES — Revista dirigida por César Álvarez Aguiar; II época Nº 129 (año 1941) **Homenaje a la ciudad de Montevideo** Nº 135, **Carrasco;** Nº 136, **Paso del Molino, Prado y Paso de las Duranas;** Nº 139, **La Unión;** Nº 140, **El Montevideo Romántico.**

ANALES — Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal - Época II, tomo XXVI, año 1963, Nos. 1, 2 y 3 **Pantanoso;** Nos. 4 al 12, **Villa del Cerro.**

ANALES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA — tomo XXII, Nos. 1, 2 y 3, 1959, **Monografía de la localidad de Peñarol.**

ARAÚJO, Orestes — **Diccionario Geográfico del Uruguay, 1912.**

ARREDONDO, Horacio — **La Fortaleza del Cerro. Su restauración,** en Revista de la Sociedad "Amigos de la Arqueología", tomo IX, 1938-1941.

AZAROLA GIL, Luis Enrique — **Ayer.** Memorias y Perfiles, Buenos Aires, 1957.

BAROFFIO, Orestes — **El espíritu de mi ciudad,** 1939; **Emociones montevideanas,** 1942.

BARRIOS PINTOS, Aníbal — En suplemento dominical de EL DÍA, **Punta Carretas,** 15 de noviembre de 1964; **La histórica casa del Arroyo Seco,** 31 de enero de 1971.

BON ESPASANDÍN, Mario — **Cantegriles,** 1963.

BUZZETTI, José L.; GUTIÉRREZ CORTINAS, Eduardo — **Historia del deporte en el Uruguay (1830-1900),** 1935.

CALZADA, Rafael — **Cincuenta años en América,** Vol. 1 capítulos XXVI y XXXVI (Emilio Reus), Buenos Aires, 1926.

CAPRARIO BONAVÍA, A.[lonso] — **Apuntes para la historia de los ferrocarriles uruguayos,** 1966.

CASTELLANOS, Alfredo R. — **Nomenclatura de Montevideo,** 1962; **Montevideo: su proceso y mejoras,** en 75 AÑOS DEL URUGUAY, 1964; **Cuando el cine se llamaba "biógrafo",** en semanario "MARCHA", **Peripecia de nuestro candombe,** en MARCHA 11 de marzo de 1966; 15 de enero, 12 de febrero y 2 de abril de 1965; **Cuando el biógrafo pasó a llamarse cine,** en MARCHA, 12 de abril y 12 de mayo de 1967; **Guión cronológico,** en Cuaderno de MARCHA, Nº 22, 1969.

CINCUENTENARIO DEL JOCKEY CLUB, 1888-1938.

COLLAZO, Ramón — **Historia del bajo,** 1967.

CORTÉS ARTEAGA, Mariano — **El Cerro de Montevideo y su fortaleza, 1520-1935,** 1936.

DPTO. DE HISTORIA DE LA ARQUITECTURA NACIONAL — Facultad de Arquitectura, 1_2, **"Pantanoso", Proceso histórico urbano,** 1960.

EL HACHERO (Julio César Puppo) — **Ese mundo del bajo,** 1966.

EL PAÍS, Edición especial de..., para el departamento de Imperio Propaganda, **Barrios de mi ciudad,** Año I Nº 1, 5 de agosto de 1964, a Nº 21, 23 de diciembre de 1964.

EL PUEBLO PEÑAROL, 1924.

ELLIS, Roberto J. G. — **Evocaciones montevideanas. Su pasado. Nombres dignos de recordar. La casa de Don Manuel Ximénez y Gómez,** 1969, **¿Conoce usted Montevideo...?,** 1970.

FERNÁNDEZ, Gualberto — **Barrio Reus al Norte,** 1968.

FERNÁNDEZ SALDAÑA, José María — **Historias del Viejo Montevideo,** I, junio de 1967, II, octubre de 1967.

FERRÁN, Antonio — **La Mala Vida en el 900,** Selección de textos por..., 1967.

FERRÉS, Carlos — **Época colonial. La Compañía de Jesús en Montevideo,** Barcelona, 1919.

GARCÍA MOYANO, Guillermo — **Pueblo de los Pocitos,** 1969.

GARMENDIA, Dionisio Jorge — **Montevideo. Elementos para una sociología urbana,** en Cuadernos Latinoamericanos de Economía Humana Nº 6, 1959.

GIMÉNEZ, J. A. — **El Barrio Reus, sus condiciones y origen de su fundación...,** 1889.

GIMÉNEZ PASTOR, Arturo — **Mi Montevideo (Remembranzas de un vecino),** 1898.

GOMENSORO, Javier — **Figuras y estampas de Montevideo,** 1943.

GRÜNWALDT RAMASSO, Jorge — **Vida, industria y comercio en el antiguo Montevideo, 1830-1852,** 1970.

INSTITUTO DE TEORÍA DE LA ARQUITECTURA Y URBANISMO — **Facultad de Arquitectura, La Unión, tomo I, Expediente urbano.** Estudio preparado durante el año 1957.

El complemento de esta bibliografía se publicará en el segundo volumen de "Montevideo: Los barrios".

Editor Director: DANIEL ALJANATI. Editores Asociados: MARIO BENEDETTO y WALTER PERDOMO. Director Coordinador: JULIO ROSSIELLO. Secretario Gráfico: HORACIO AÑON. Fotografía: AMILCAR M. PERSICHETTI.

Precio de venta al público, sujeto a modificación de acuerdo a la ley Nº 13.720 del 16 de diciembre de 1968 (COPRIN) $ 240.00.